



Yula Riquelme de Molinas

## **De barro somos**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Yula Riquelme de Molinas**

## **De barro somos**

Del barro modeló Dios al hombre  
y le inspiró en el rostro aliento de vida.  
Génesis, 2 - vers. 7 [11]

A Rubén [13]

«Yo criatura amasada con la tierra y el agua / llevo en el pecho el viento y en la frente la llama», nos dice Josefina Plá en los versos de un poema. Y es cierto, somos criaturas de barro, frágiles, vulnerables, tocadas con el fuego de la tentación.

He reunido en este libro veinte cuentos que nos hablan de las debilidades del ser humano, de sus flaquezas, de sus errores.

No hubo en mí otra pretensión que la de transcribir páginas de vidas cotidianas, comunes, arrancadas al azar de entre las penurias de la humanidad. Por eso hay miedo, muerte, dolor. No se omiten culpas y traiciones. Pero hay también alegría, esperanza, amor...

Dejo con ustedes al HOMBRE. A la criatura que, solitaria en su yo, en su intimidad más recóndita, se mira en el propio espejo, recorre los acantilados de su existencia, naufraga y emerge... Emerge y naufraga... Mientras, el mundo gira, gira, gira...

Y. R. M. [15]

El miedo

El miedo le daba náuseas, temblaba... Desde que empezaron los síntomas, empezaron los miedos. No la dejaban tranquila siquiera un instante. Esa misma mañana, su aprensión había tomado forma tangible y se instaló en su garganta a manera de nudo. Fue cuando muy temprano marchó a retirar el análisis. Después, las cosas empeoraron ni bien leyó el resultado: en cruel espanto se convirtió el miedo. Ahora, encerrada en su cuarto, se trajinaba de rincón a rincón. Pisoteaba con impotencia las baldosas desteñidas y su angustia rebotaba en las paredes con manchas de humedad. Vanessa no tenía escapatoria. Sus errores le caían encima por la fuerza de los acontecimientos. Sufría. Sus ojos, de párpados muy pintados, brillaban locos de tormento. Su boca pulposa y colorada, bailoteaba en una mueca trágica. Sudaba gotas calientes que le producían escalofríos. Tiritaba. Tosía. Se

torturaba y acaso, aún no había tomado verdadera conciencia de los hechos. Sin embargo, se juraba que no aceptaría consejos ni soluciones negativas. Cueste lo que cueste seguiría adelante. Sí, hasta el mañana incierto... Vanessa comprendía que se aproximaban cambios fundamentales, que a partir de hoy, todo comenzaría a transformarse... Su vida acababa de dar un vuelco inesperado. ¿Inesperado? Quizá no tanto. Más de una vez temió que aquello ocurriese. Su mundo de placeres tortuosos, de oscuros laberintos, lo presentía. Ella se arriesgaba en cada encuentro, en [16] cada contacto. Los hombres que frecuentaban su cuerpo eran simples desconocidos que el azar acostaba en su cama. De modo que su trabajo la colocaba sobre el filo de todos los percances... Eso no quería decir que Vanessa se descuidara. A sus clientes, sin permitirse jamás el olvido, les exigía que usaran protección. Aunque por lo visto, eso no bastó. Y ocurrió. Ella guardaba en su bolsillo el papel arrugado. Una cruz encerrada entre dos paréntesis, indicaba el ineludible «positivo». No pensaba comunicárselo a nadie. Ni a las compañeras. Ni a la madama. Ni a su familia. Aguantaría sola. Estaba acostumbrada a tragarse y a digerir los conflictos en su intimidad. Aunque era sabido que una situación como la suya no podía ocultarse largo tiempo, ella lo intentaría. Así, al menos, le quedaría cierta libertad para asimilar el análisis. Para enfrentar el resultado. De momento, proseguiría sus actividades. Ya Vanessa lo había decidido sin muchos preámbulos. Por supuesto que tomaría las precauciones de rigor. Ella no era ninguna inconsciente. No ignoraba lo que tenía que hacer. ¡Y lo haría! Por el respeto que apenas esa mañana había descubierto. Pero también lo haría igual que siempre: ¡por el maldito dinero! En este tramo difícil, iba a necesitar de sus ahorros. A lo mejor, hasta le alcanzaba el plazo y conseguía reunir antes de volver a su pueblo, un buen puñado de billetes. Si de algo estaba segura, era de regresar a su pueblo. No conocía otro oficio y la ciudad la había apabullado sin misericordia. La espiral de cemento la arrastraba en sus giros... No existía quien deseara protegerla. Quien se expusiese por ella. Y la desazón crecía porque Vanessa se negaba a las confidencias. Nunca hizo amistades. A ella le hubiese gustado desaparecer en silencio. Tal vez podría marcharse sin que en el prostíbulo se enterasen de nada. Claro que con el control obligatorio de la salud, cualquier problema salía a relucir. Y bueno, si se tenía [17] que saber, se sabría. Total, ella ya estaba jugada. Estiraría hasta donde fuese posible. Luego, el retorno a casa y entonces, a despojarse de la sensual Vanessa y a ser de nuevo Juana. Juanita, la de los cabellos negros. La del paisaje campesino. Atrás quedaría la rubia platinada. El perfume picante de clavo y almizcle. El frufú de las sedas y los escotes escandalosos. El abrazo procaz de los hombres. La miseria de sus días... Vanessa se interrumpió avergonzada y quiso encontrarle justificativo a sus malos pasos. Acudieron a su memoria fragmentos de otra época. Como cachetadas llegaban hasta ella sus vestidos rotos. La caterva de hermanitos llorando por un pedazo de pan. El padre borracho y después, que en paz descanse. La madre, con la azada o la escoba, la olla o el chicote... Y en respuesta, su feroz rebeldía, sus terribles ambiciones. Y la única alternativa: el viaje. Urgente, ¡impostergable! Y Juana desembarcó en la capital. Y se llamó Vanessa. Y empezó a rodar... ¡Basta!, gritó. Tan sólo las cuatro paredes presenciaron el desenlace: resuelta, detuvo su agitada caminata. Había reaccionado de golpe y se prohibió sufrir. Era tarde para lamentos. Un resto de dignidad le quedaba. Lo defendería a costa de todo. Suspiró tranquila. El miedo se fue. Se tendió en la cama. Se durmió dulcemente. Floreció en su boca una sonrisa. Soñaba con el hijo anunciado. [19]

## El sol de Julián Montoya

Invierno a la siesta. Viejo caserón cerca del Puerto. Palomas. Viento sur. Y abajo, el río desbocado tragando soles en remolinos. Arriba, el cuartucho erguido de cara al cielo. Allí, Julián Montoya y su paleta de colores, su decadencia, su adiós inminente. Sobre la mesa, los restos del caldo de pescado, el jarabe para la tos y una taza de té con limón. El pintor bebió un trago, bajó el pocillo y tomó el pincel. Con ímpetu lo aplastó en el lienzo immaculado. Esplendorosa como la luz del sol, surgió una mancha amarilla. Sólo una. Aunque capaz de avizorarlo todo. De incrustarse en los sesos de Julián y sorberle las ideas. El artista cazó al vuelo sus malas intenciones. Se enfureció. Socarrona, la mancha lo azuzaba desde la tela. Otra vez una mujer haciendo burla de sus sentimientos. Julián desvió la mirada. Prefería no enfrentarse a las mujeres. ¡Le sacaban de quicio! Violento, sacudió su caballete. De un puntapié lo tiró al suelo. ¡No!, no estoy inspirado. Nunca más lo estoy, exclamó y con desesperación se apretó la cabeza. Trataba de comedirse, pero los dedos flacos se enredaron con ira en su cabellera de bohemio. Corrió las manos hasta la frente. Con sus yemas se fregó las sienes en procura de alivio y al punto, lo entendió. Sí, Julián comprendió que la inspiración habitaba el rincón más confuso de su mente. En un juego desvergonzado de coqueteos, asomaba y se ocultaba la musa. Astuta, se escabullía. Julián Montoya tenía que persuadir a la difícil. Conquistar a la [20] esquiva. Y el caso era que las mujeres lo ponían nervioso. Sin embargo, para lograr su objetivo, él tenía que vencer su irritación. Se dominó. Sus rígidos tendones que amenazaban con quebrarse empezaron a ceder. Julián aspiraba y soltaba el aire en su afán de recuperar la calma. Aflojó los músculos. Al relajarse, las líneas de su cara recobraron su particular encanto. Se agachó. Su silueta frágil, descarnada, aparentó romperse en la cintura. Recogió el caballete y su pincel manchado de amarillo. Acarició la tela rugosa y la aplanó con suave reverencia. Estaba consciente de que no existía otra salida. Ya había apostado el lance final. Y perdió. Su estructura completa bailaba en la cuerda floja. Este lienzo es mi único proyecto de vida. Solamente así voy a perdurar. Así alcanzaré la inmortalidad, decidió y con mucha confianza, se puso a darle forma a la mancha amarilla. ¿Forma de sol? En su tiempo de niño dibujaba soles en el cuaderno. Un sol ardiente sobre techos de paja, árboles y frutas, nubes vagabundas... Todas sus maestras opinaban que Julián era el mejor dibujante de su clase. Todas, menos la señorita Susana, su profesora del sexto grado. Ella tenía la melena retinta y por contraste, los ojos de agua clara. Y una figura tan armoniosa que Julián copiaba a escondidas en la página de atrás de su anotador. Una tarde, la señorita Susana lo descubrió y se rió. Se burló de su secreto amor. Lo avergonzó ante sus amigos y lo envió castigado a la dirección. Se encargó de hacerle pagar caro el atrevimiento y cada día lo humillaba con su porte altivo y otros desplantes. El niño no tuvo más remedio que huir de las mujeres y el tiempo siguió su curso... Quizá Laura Valdés, su compañera de facultad, fue la que más cerca estuvo de vencer el complejo. Laura se había propuesto ayudarlo. Lo invitó a que hicieran el amor una tardecita de lluvia en primavera. Julián aceptó y allá fueron... No obstante, pese al latido de la sangre, a la humedad de la [21] rosa, al calor del deseo, Julián fracasó. Sintió miedo. Él sabía por qué se acobardó aquella vez y otras tantas, casi todas... Después llegó María Luisa. La quiso entrañablemente. María Luisa era alegre, de risa fácil, de amigos divertidos. Julián Montoya anhelaba meterse en su mundo, mezclarse con la gente que la rodeaba. Ciertamente intentó aprender a ser feliz de la mano de María Luisa. Y falló de nuevo. Pero no se entregó. Insistió en su lucha por tener una vida normal. A pesar de todo, jamás encontró un sitio accesible para el amor. El coro incesante

de carcajadas que lo había acompañado desde la escuela primaria, resultaba ser un baldazo de agua fría a la hora de la ternura. Tuvo que resignarse. Y olvidar a María Luisa. Y a alguna más... ¡Claro!, a fuerza de dudosas relaciones. Deliberadamente, él buscaba el abrazo de prostitutas melancólicas y allí gozaba. Ese placer efímero lo dejaba arrinconado en su propia cárcel. No conocía el camino de escape. Sí, los barrotes impuestos por la señorita Susana. ¡Desde luego que lo atemorizaban las mujeres! Pero los hombres le daban seguridad. En especial los jóvenes estudiantes... Los demás podían creer lo que les viniese en ganas. De falsos rumores el ambiente hervía. A él no le preocupaba eso. Hoy no. ¡Ya era demasiado tarde! Tosió y con fastidio apartó los pensamientos que lo acosaban en desfile inacabable. Prestó atención a su trabajo. La mancha amarilla crecía y se desbordaba. Se había convertido en un sol abrasador que todo lo inundaba... El pintor retrocedió dos pasos para observar su efecto. Se mostró conforme. ¡La obra llegaría a ser perfecta! Regresó junto al cuadro. Tomó la paleta y eligió un amarillo más intenso todavía. El color exuberante hizo que se acordara de Van Gogh y de su inspiración caudalosa, torrencial, ¡arrolladora! Se exaltó el ánimo de Julián Montoya. Se le había metido en la médula el embrujo inevitable de los girasoles de Van Gogh. Y por la [22] gracia de aquellas flores amarillas, al fin acabó de claudicar la musa. Inmerso en repentino fuego, Julián se lanzó a su encuentro. Subía y bajaba a lo largo de la tela su mano laboriosa. Derrochaba el verde, el rojo, el amarillo... El óleo se iba plasmando en matices rutilantes. Su vanidad le inyectaba los bríos necesarios para no flaquear ante sus dolencias. Los pinceles embadurnados se amontonaban por doquier. Tosía como loco. El clima demencial lo arrastraba... Su tormento pintaba llamaradas retorcidas sobre el campo abierto, contra el sol, a pleno sol... Del lienzo escapaban los rayos quemantes y, al fondo, el frenético estallido de colores cobró impulso y se largó a girar... Entonces, Julián Montoya consiguió su eternidad. El hoy era sólo este momento. Era el triunfo de haber podido arrancarse el alma para dejarla en el cuadro. Y quedaron al desgaire los escombros de su cuerpo. Sus cuarenta años, irremediamente marchitos, los había malgastado en burdeles, en mujerzuelas sin rostros, sin sonrisas. Justo anoche, allí nomás, en el cafetín de la media cuadra, se durmió en la cama de Angelina, la ramera triste. Por ahora, Angelina solamente era su amiga, su compañera de infortunio. Al pie de la ventana, entre los guiños de un cartel luminoso, ambos se contaban sus penas en la madrugada. Julián tosió. ¡Ya nada me inquieta!, gritó absolutamente envanecido de su creación. Ante sus ojos desmesurados, un destello de soberbia lo igualó con Dios. Estampó su firma y se apartó. Consumido, febril, se arrimó a la mesa y al jarabe para la tos. La tarde caía. Cerró las puertas de su balcón. El flujo de aire que subía del río le dañaba los bronquios. La soledad le hacía morisquetas y le restregaba en las narices su bello nombre de mujer. ¡Oh, mujeres risueñas! Nunca se casó. No pudo. La señorita Susana se burló. Se rió tanto, tanto... Julián abrió de un estirón su guardarropa. Se bamboleó como un borracho cualquiera. Estaba más débil de lo [23] que creía, pero trató de restarle importancia a sus males. Vistió el abrigo de cordero, se enrolló la bufanda, se encasquetó la boina azul y, a pesar de su alta fiebre, salió a trajinar la noche. Llegó a destino. La muchachada del colegio lo acogió con entusiasmo. A menudo lo invitaban a las pintadas callejeras que anunciaban tal o cual fiesta estudiantil sobre los murallones de la avenida Mariscal López. Así, de esa manera, simplemente, él se había ido encariñando con los chicos... Ellos, por lo menos, oían sus consejos de pintor y le admiraban sin ocuparse de sus miserias. Sí, hasta el aliento final Julián integraría las pintadas de las noches asuncenas. Tomó la brocha gorda y comenzó la tarea. Los muchachos hacían bromas a su alrededor, se reían. ¡Todos se reían! La señorita Susana lo hizo pasar al pizarrón. Julián tosió. Perdían las letras sus colores, se

achicaban, se iban... Tosió de nuevo. Sintió una puntada en el pecho. Otra muy fuerte. Ahora todos se reían despacio... despacio... El mundo se apagó. Mientras, en la buhardilla del caserón, eternizada en el lienzo, frente al río, el alma de Julián Montoya iluminaba la estancia. Únicamente los escombros de su cuerpo se llevó el SIDA. [25]

### Jazmines para el té

Amparado en la cara oculta de las cosas, el carnaval se fue. El baile de máscaras había sido cómplice de pasiones equívocas, quizá siniestras. Ahora, un colchón de serpentinas parecía ser el único saldo que dejara esa noche de lujuria. Sin embargo, guardaban una sorpresa los excesos de la fiesta: tendida cuan larga era sobre las cintas de papel, la bella dormía su fatiga de samba y de placeres. Se había disfrazado con un traje de colombina en raso fulgurante. Peluca rocócó y tocando los bucles, ramito de jazmines. Velaban sus ojos antifaz de terciopelo negro con ribete de lentejuelas. El contraste hacía hermoso su rostro de harina. Encima del corpiño, lánguidamente, un abanico de plumas de color de rosa se agitaba con la brisa suave de la mañana. Aquello era deleite para la vista. Pero la placidez y el decoro finalizaban en el cinturón. Las faldas voluminosas y los miriñaques se replegaban más arriba de los muslos enseñando los calzones. A partir de allí, dos piernas provocativas se abrían al descuido... Así, bonita y descocada, la descubrieron el miércoles de ceniza las muchachas de la limpieza. Sin éxito la zarandearon para despertarla. Sólo el ramillete de jazmines rodó con la sacudida... Ellas lo recogieron del suelo. ¡Eran tan bonitas y perfumadas aquellas flores! Se las colocaron sobre el pecho y decidieron trasladarla a otro sitio. A un lugar donde, con sus grandes enaguas y ese extraño silencio en su risa pintada, no les [26] entorpeciera la tarea. Ambas mujeres la tomaron de las manos y se la llevaron a rastras. La peluca de bucles primorosos se desprendió a medio camino, dejando en libertad una rotunda cabeza de hombre. Las barrenderas soltaron de inmediato a la Colombina y se miraron desconcertadas. Esto ocurre con frecuencia en carnaval, opinó una. Claro, los maricas aprovechan y se dan el gusto detrás de los disfraces, agregó la otra y se inclinó para seguir con el acarreo. Su compañera hizo lo mismo y preguntó: ¿No sientes la rigidez de estos dedos?, parecen cada vez más fríos... Los dos se pusieron de rodillas y palparon a la Colombina. Estaba muerta. O muerto. Las limpiadoras se santiguaron y en ese momento llegó la policía. Cinco minutos después apareció la madre del difunto. Una llamada escueta y anónima les había dado aviso. Al enterarse de la desgracia, tanto los agentes como la madre, acudieron con rapidez al escenario de los hechos. El tumulto había alertado a los vecinos y se metieron a curiosear ellos también. Con desesperación la madre se abrazó a su hijo. A viva voz se lamentaba. Y se formó un corrillo en torno. Y la oyeron confesar su vergüenza: él era un muchacho raro... Yo lo sabía y lo aceptaba con amor. A medida que hablaba la pobre señora iba acomodando el amplio traje de fantasía. Y pudorosa, se lo bajaba hasta los botines de tacón de aguja. Y repetía machaconamente: sí, sí, él era así, pero no le hacía daño a nadie. Desde que vino al mundo fue un chico tranquilo, cariñoso, el mejor de mis cinco varones. Ya de pequeño había manifestado sus preferencias: jugaba a las muñecas con las nenas del barrio. Se ponía mis medias de seda, mi gargantilla de perlas. Yo me di cuenta enseguida y no se lo reproché. A mí me enternecían sus modales delicados. Siempre quise tener una niña. Por eso le seguí la corriente. Y me callé. Y disfruté de ese amor especial, distinto... ¡Nos comprendíamos tanto! Cuando los hombres de la casa

iban a la [27] cancha los domingos por la siesta, él y yo salíamos de paseo con rumbo desconocido. Terminábamos generalmente en un parque tomando sol. José María recogía jazmines para el té. Y contemplaba el vuelo de las mariposas. Y enhebraba collares de semillitas. Y escuchaba arrobado la algarabía de los pájaros. Y aspiraba el aroma fresco de la tierra... En su mundo diferente las cosas comunes tenían otros valores. Él era sensitivo, manso... Jamás imaginé que alguien pudiera desear su muerte. Hoy, con pocas palabras me demostraron lo contrario: Asesinaron a José María en la pista de baile del «CLUB SOCIAL», dijeron, y calló el teléfono. Todavía no lo puedo creer, reclamaba la madre. En eso, los agentes de policía atravesaron a los empujones el grupo de curiosos y taparon el cadáver con la sábana de lienzo que trajo un mirón. Que nadie lo toque hasta que venga el forense, fue la consigna del comisario. La gente se apartó comentando el suceso: afirmaban que los fanáticos del carnaval escondían sus instintos perversos debajo de las máscaras. Estaban convencidos de que en las volteretas de algún juego macabro, la Colombina había muerto por azar y no con motivo de un crimen pasional. Trataban de salvar la dudosa estima del hijo, y le abrieron a la madre una silla plegadiza al costado de la pista. La sentaron entre las serpentinas pisoteadas, le ofrecieron un vaso de agua. Al rato, se aproximó el juez para el interrogatorio de procedimiento. Sin compasión se hizo pública la vida del supuesto «travestí». Todos conocieron su intimidad. Todos... Los periodistas, la policía, los curiosos... Se supo que José María había cumplido los veinticinco en enero y que no siempre vestía ropa definida de mujer. Sólo en carnaval. Una vez al año. El resto del tiempo usaba camisolas de tejidos vaporosos, sandalias de dos correas, el pelo bien corto con vinchas a la bandana. Prefería las esencias exóticas: el ámbar, el sándalo... Quemaba incienso en [28] su pebetero hindú. Bebía té de jazmines. Recitaba poemas de Rabindranath Tagore. Practicaba yoga y meditación trascendental. Cuando se lo permitían las actividades múltiples de su espíritu, trabajaba en la plaza ensartando abalorios. Fabricaba collares, aretes, pulseras... Allí tenía un amigo predilecto: Paco. Y algunos colegas en el negocio de la bisutería. Su clientela le hacía pedidos e intercambiaba saludos y charlas cordiales con él. Se lo quería en todas partes. Salvo su padre y sus hermanos, que a duras penas lo toleraban. A raíz de eso y para no incomodar a su familia, él se había marchado de la casa en diciembre, un poco antes de Navidad. Últimamente vivía con un doctor respetable, aunque demasiado posesivo. Hacía casi tres semanas que José María había desaparecido de sus lugares habituales. Sí, es cierto, recordó la madre. Ni siquiera me lo encontré en la plaza ayer, cuando fui a llevarle los jazmines. Pero allí estaba Paco. Me aseguró que por su intermedio podía enviarle mi hijo las flores que yo quisiera. Que él se las entregaría en propias manos. Que sin falta iban a verse en un baile, justo ese martes de carnaval. El martes fue ayer, ¿se dan cuenta? Y Paco me había hablado con tono desafiante. No se lo tomé a mal. Supuse que su problema era con el amigo nuevo. ¡Claro!, al doctor no le simpatizaban las relaciones ni el puesto de baratijas que José María tenía en la plaza. Y bueno, mi muchacho se las daba de muy complaciente y así andaban sus cosas... Tirando el pobre de un lado para el otro... Desde luego, José María procuraba congraciarse con todos. Nunca se exaltaba. Odiaba la violencia. ¡Quería solamente jazmines para el té! No entiendo la causa de su muerte, se cuestionó la madre en un susurro lastimero, lloroso. Y mientras ella enjugaba sus lágrimas y se aprestaba a continuar con el relato, de improviso, allá en el otro extremo de la pista, sobre la Colombina, se inclinaba sigilosamente el médico [29] forense. Puesto que nadie se había percatado de su arribo, nadie se acercó a husmear. Y fue así como el doctor pudo tener a su entera libertad el cadáver de José María. Apresurado se dispuso a obrar: corrió de un estirón la sábana y apartó el ramillete de jazmines, volvió

boca abajo el cuerpo inerte y extrajo el bisturí sucio de sangre. Lo limpió en el colchón de serpentinas. Lo escondió en el fondo de su maletín. Echó un vistazo a las personas que un poco más allá escuchaban el soliloquio angustioso de la madre. Complacido, verificó que aún no habían descubierto su presencia. Volvió a tender la sábana. Se irguió. Se fue hasta ellos. Debajo del lienzo, los jazmines perfumaban el cuerpo frío del amante del doctor. [31]

#### Las señoritas de Pérez Pin

El sermón del padre Miguel había desencadenado la tragedia. Con el porte de reinas ofendidas, Nicanora y Clotilde se retiraron de la iglesia. Lentes de oro enmarcaban el disgusto en sus miradas. Y hacían mohines de rancio abolengo. Y presumían de su virtud a cada paso. Y pisoteaban con rabia la escalinata de mármol. Y escapaban del pecado tomadas del brazo. Llegaron a la casa. Entraron por el portón principal. Resoplaron. Renegaron. Y ahora, llenas de gracia y desgracia, atravesaban el jardín rumbo a la cocina. El aire se impregnaba con el aroma del té de Ceilán y los scones recién horneados. Toña, la mucama, luego de alistar la mesa del desayuno, había salido al patio. Ajena al conflicto de sus patronas, se acopló alegremente a los quehaceres del jardinero. En dulce compañía se pusieron a quemar la hojarasca lejos de las alcobas. Como buenos servidores, cuidaban que el humo no mancillase la blancura de las sábanas de Holanda ni dificultara la quisquillosa respiración de las copetudas. Taconeando y protestando, las señoritas de Pérez Pin cruzaron de largo el parque. A causa del nerviosismo que traían de la iglesia, no se acordaron de admirar los rosales ni de controlar el veneno en los hormigueros. Caminaban precipitadas, aunque dueñas de absoluta distinción. Lucían vestidos antiguos de chorrera y blondas, pamelas con cintas en la copa y raso de tornasoles, joyas relumbrantes y sin embargo, iban sumidas en profunda oscuridad. [32] A tal punto, que revoloteaban de aquí para allá sus rosarios de cuentas benditas sin percatarse de la irreverencia. Juntas empujaron la puerta de la cocina, atraparon al paso la bandeja de los scones calientes y avanzaron apresuradas con destino al comedor. Tenían puesta mesa de etiqueta. Sus nobles apellidos así lo exigían. El protocolo incluía vajilla de Inglaterra, flores y demás paqueterías. A pesar de tanta alcurnia, el apetito las apuraba inevitablemente a esa hora. Las dos eran cristianas de comunión diaria y el ayuno temprano les alborotaba el estómago. De manera que, sin preámbulos, se sentaron a desayunar con los sombreros encajetados y las pecheras de organdí acorralándoles el cuello marchito. Al ritmo del parloteo, los manjares se deslizaban atropelladamente por la garganta. Como de costumbre, Nicanora llevaba la delantera, pero esta vez, de ningún modo, Clotilde se atrasaba. Una a la otra, olvidando el linaje, se sacaban de la boca las palabras, gesticulaban con aspavientos y abrían los ojos desmedidos mientras engullían scones y mermelada y se atragantaban con el té. ¿Cuál era el problema que así las trastornaba? Ni más ni menos, los dimes y diretes de un suceso totalmente inesperado. Todo empezó cuando el cura párroco, aprovechando su sermón de esa mañana, se despidió para siempre de los feligreses y de la iglesia. ¿Y cuál fue el asunto que lo llevó a tomar aquella determinación? ¡Oh catástrofe, el padre Miguel se había enamorado! Las murmuraciones corrían de banco en banco... A la sombra de los techos sagrados del templo rodaron los comentarios. Y se supo enseguida que una devota de su propia parroquia había sido la piedra del escándalo, la santurrona que lo sedujo irremediamente. Esos traidores no alcanzarán el perdón de Dios. No lo conseguirían jamás, sentenció Nicanora enardecida



y se limpió los labios con la servilleta de hilo blanco y bordados en punto cruz. [33] Al mismo tiempo, Clotilde soltaba la taza vacía y con el dorso de la mano, secaba sus lágrimas de frustración. ¡Así sea!, remató ahogando un sollozo y se plegó al veredicto de Nicanora. Era evidente que ambas hacían suya la ofensa. Las señoritas de Pérez Pin, bajo ninguna circunstancia, aceptarían el idilio del Padre Miguel y de Maura Sánchez, la vecina de la casa de al lado. Sí, esa insípida mosca muerta que se codeaba con ellas tranquilamente. ¡Qué atrevimiento! ¡Se les había burlado en las narices de alto rango! Nicanora y Clotilde odiaban hacer el ridículo y más aún, con la plebe del barrio. Desde luego, también despreciaban la indecencia, propia de la gente sin categoría social. ¿De dónde había salido Maura Sánchez? Era una vulgar pensionista de inquilinato y, sin embargo, tuvo el descaro de tentar a un sacerdote. Entonces, muy firmes en su honorable papel de señoritas puritanas, Nicanora y Clotilde asumieron el compromiso de vengar la conducta de los descarriados. Y decidieron castigar aquellos amores sacrílegos. Y finiquitar el maldito episodio. ¿De qué modo? Ya se verá. Para meterse en la vida del prójimo, ellas se arreglaban solitas. ¡Desventurado el que no les caía simpático! Y si como en este caso, además de la gran vergüenza, provocaban su indignación, el trámite se ponía sumamente peligroso. Las dos tenían una facilidad extraordinaria para ciertas cosas... En un segundo vestían a los santos cada sábado por la tarde y desvestían sin reparo la honra del vecindario, amén de otras jugarretas que, obviamente, no figuraban en el santoral. Pero la verdad era que las aristocráticas señoritas de Pérez Pin estaban deprimidas, con el ánimo destrozado. Sufrían por la liviandad que imperaba en este mundo y, específicamente, en el seno sacrosanto de la parroquia. Con tal motivo, el desenlace debería llegar lo más pronto posible. Tomando en cuenta los códigos de la moral respetada fielmente por ellas, esa afrenta a las [34] leyes de Dios constituía delito inapelable. Aunque por cuestiones de la burocracia, Nicanora y Clotilde no irían a recurrir a la Santa Sede, al Vaticano o al Papa. No. ¡Eso sería perder graciosamente el tiempo! Ellas se sentían obligadas a buscar una rápida solución. Ahora mismo. ¡Sin desperdiciar un solo minuto! Lo entendían así. Y así, dispuestas a todo, se unieron en un vistazo cómplice. Los pensamientos estallaban en sus cabezas de rizados enmarañados cuando a Clotilde le molestó el sombrero. Se lo sacó de un tirón. Hizo lo mismo Nicanora y agitó vigorosamente la campanilla de servicio. Atenta, la mucama entró en la casa y a pleno sol quedó esperando al jardinero. Todavía emocionada con los arrumacos de su galán, Toña recogió las dos pamelas y las colgó en el perchero vienes de la sala de las visitas, pero no volvió al patio. El ceño fruncido de sus patronas la había amedrentado y afanosamente se puso a restarle polvo y sumarle brillo a las estatuas y crucifijos que adornaban la mansión. Por su lado, las señoritas de Pérez Pin se exprimían los sesos persiguiendo un corte final para el romance profano del cura y la vecina. Y Ya cruzando el límite de sus quebrantos, vino la idea prometedora: con la última taza de té se acabó la incertidumbre. Entonces, Nicanora y Clotilde suspiraron a dúo y se miraron llenas de esperanza. Pese a que los nervios y el dolor no se aplacaban aún, ellas se levantaron de la mesa bastante recuperadas y subieron a los dormitorios del segundo piso. Con la ayuda de Toña, cambiaron los zapatos de tacones por las pantuflas de seda china. Se despojaron de sus alhajas y las depositaron en el joyero con dos vueltas de llave. Desabrocharon sus pecheras de gala, sus vestidos antiguos. Eliminaron con leche de rosas los afeites y las impurezas cogidas en la calle. Y para completar la operación, se quitaron hasta las enaguas y únicamente se dejaron encima el escapulario de la Virgen del Carmen. De inmediato, [35] cada una cubrió su cuerpo arrugado con el negligé de satén color de malva y un toque de perfume francés detrás de las orejas. Así ataviadas, Nicanora y Clotilde bajaron las

escaleras cuchicheando apenas para que Toña no se enterase del plan. Enlazadas llegaron hasta el secreter. Nicanora se acomodó en el sillón de cuero de Rusia y tomó la pluma. En los términos más afectuosos de su repertorio redactó la invitación. Clotilde ajustó sus gafas de oro y la leyó minuciosamente. Acto seguido, ambas firmaron la nota y la enviaron a destino por medio de Toña. La cita era para las cinco en punto de la tarde y a las cinco en punto se presentó la invitada. Las anfitrionas la saludaron con engañosa cortesía y la ubicaron exactamente en el sitio previsto. Después, se le sentaron una de cada lado y la ceremonia del té se puso en marcha... Clotilde alzó la tetera de porcelana inglesa y elegantemente, la inclinó sobre la taza de la vecina, la misma taza que contenía la solución del problema. Nicanora abrió el convite con palabras zalameras. La vecina se sonrojó de pura complacencia. Bebieron las tres. Charlaron. Y se fue la tarde sosegadamente... Al otro día, las señoritas de Pérez Pin regresaban de la iglesia. Se santiguaron sorprendidas por el acontecimiento trágico: frente a la casa de inquilinato, entre algunos curiosos que dificultaban la acción, dos enfermeros circunspectos depositaban en la ambulancia el cuerpo sin vida de Maura Sánchez. [37]

#### Ronda de los sentidos

Después de todo, tal vez me quede un poquito más en el pueblo. Por esta pobre gente. Nada más que por eso... Su amabilidad a flor de piel les juega a favor. Inmediatamente me los vuelve simpáticos. A pesar de la sonrisa casi forzada que utilizan para agradarme, salta a la vista que no buscan acomodo o algo parecido. Son así, porque sí. Están siempre dispuestos a satisfacerme. Y es eso lo que me compromete, lo que me obliga... ¡Perderán comida y techo si me voy! No puedo pensar en estos chiquilines sin que me lastimen con sus figuritas debiluchas. Y está la madre. La servicial Teresa que acata y se inclina ante todos mis deseos. Ella es también una punzada que se deja sentir... Teresa consigue conmoverme con increíble facilidad. Aquí tendría que hacer un alto y analizar. No, más bien debería desmenuzar este asunto. No sé... Bueno, quizá sea mejor dejarlo así. ¡Las cosas son como son y basta! No va conmigo esto de ponerme sentimental. Por eso me interesa León, el padre. Parece orgulloso. Aunque puede ser por vergüenza. Por la impotencia de sacar a flote a su familia. No imagino qué otro motivo lo predispone en mi contra, pero lo cierto es que me evita intencionadamente. El infeliz se mira a los pies cuando le hablo y cumple con desgana mis órdenes. Yo intento comprenderlo, sólo que no descubro el trasfondo de su aspereza. Nunca puedo verle los ojos. Se nota que no está contento conmigo. Que no le caigo bien como patrón. O como [38] persona, ¡qué sé yo! Si no fuera por él, hace rato que hubiese decidido quedarme un buen tiempo en este pueblo. Pero León me molesta con su gesto porfiado, con su mutismo grosero, irreverente. En fin, me saca de mis casillas este tipo insumiso. Y el caso es que yo necesito de unas vacaciones sosegadas. Apacibles y largas para acabar de leer cómodamente «La guerra y la paz». Tolstoi exageró un poco escribiendo tanto, pero valió la pena. ¡Qué novela! ¡Qué autor de lujo! Y ahora, este sujeto, también León, aunque de tierra adentro, no acaba de conformarme. ¡Me persigue hasta en sueños! No sé si es conveniente que yo me quede... Teresa... No la puedo dejar en manos de ese desgraciado. Ella está asustada. Se le nota. Pero es la mujer de León. Él es su dueño. ¿Me voy ahora mismo? Sí, me espera mucho trabajo en mi empresa de Asunción. Debo marchar. Sin embargo, ocurre que le tomé cariño

a los mocosos y... sí, también a la madre, ¡no lo niego! Teresa es muy laboriosa, tiene las manos prontas para mis pedidos. Y los chicos me dan lástima y me dan alegría. Una mezcla increíble. Algo medio raro... ¿Qué pasará si cierro la casa y me voy? Estamos en pleno atardecer, ¿dónde dormirán por la noche? Volverán a la calle como cuando los contraté a mi servicio. Ése es su destino inmediato. Mañana, a lo mejor encuentran algo. O a lo peor, no... ¿Quién puede predecirlo? Por las dudas, romperé el telegrama de Silvia y olvidaré la impertinencia de su llamada. ¡Que no me venga con caprichitos fuera de tono! A esta buena gente debo darle tiempo para buscar refugio. No puedo salir corriendo porque a Silvia se le antoja bailar conmigo este sábado. Estoy harto de imposiciones. ¡Viva la libertad de una vez por todas! ¡Teresa!, esta noche tengo ganas de saborear un rico asado en compañía de ustedes. Que tu marido prepare la parrilla. Yo iré a comprar la carne. Vos encargáte de lo demás, hoy no quiero ver niños trabajando. Que ellos jueguen hasta el [39] cansancio. Y no olvides poner en la mesa siete platos. Uno para mí, y los restantes para vos y toda tu familia. Juana puede ayudarte. Hay que despabilar a Juana. ¡Vaya sirvienta que me ha tocado!, si no fuese por vos, aquí nada funcionaría. Voy a ordenarle inmediatamente a Juana que te ayude en todo. ¡Que despierte de su letargo esa marmota! Después de este discurso en alta voz, mi conciencia queda conforme, mi ánimo se tranquiliza y resuelvo con indiferencia que la bella Silvia y Asunción del Paraguay, con sus luces, sus autos, su ritmo enloquecido de sábado a la noche, me esperen en vano. Mientras Teresa, apresurada, servicial, rozagante, sin hacer ningún comentario, sale a cumplir mis indicaciones. La noto sorprendida con el programa que los incluye, pero nada opina. Ella no tiene la confianza que hace falta para aplaudir o preguntar el motivo de semejante festejo. Y es mejor así. ¿A qué fin complicar su vida de por sí muy difícil? Y más aún, al lado de ese hombre intratable que le tocó en suerte, vaya uno a saber desde cuándo. ¿A qué fin contarle que se aproxima mi partida? Que estuve a un solo paso de marchar este mismo día. ¡León!, quiero el fuego para dentro de una hora a más tardar. Vamos a cocinar las chuletas despacito. Vuelta y vuelta, sin mucho manoseo, ¿qué te parece? Vos movilizáte en calma que, cuando regrese, tomaré mi tiempo con vino tinto. Me responden los ojos al suelo y las manos en el bolsillo. León, ¡mudo! Después, diviso sus espaldas alejarse agobiadas. El paso cansino no revela ni entusiasmo ni buena voluntad. Nunca estoy seguro de nada cuando me enfrento a este personaje. Es eso lo que me exaspera de él. En cambio, Teresa y los chicos son la gratitud y la sumisión cumpliendo el sueño ideal. Teresa es simple y a la vez extraña... Teresa embriaga como las uvas moradas del parral... Y así, entre una y otra comparación, no me tardo mucho en la carnicería y a mi arribo, apenas franqueada la [40] tranquera, descubro la perezosa en mi sitio preferido; abierta y tentadora, esperándome. Abandono los paquetes al lado del fogón y sin dudar me acomodo a mis anchas sobre la lona de rayas multicolores. A corta distancia observo a Teresa diligente, alborotada, jovial, aparecer y desaparecer del patio a la casa un millón de veces. Va y viene con manteles. Y sillas. Y platos. Está extendiendo la mesa debajo de la parra; sobre la tierra remojada para matar el polvo de la seca. Juana arrastra su ocio y su gordura con alguna que otra cosita en la mano. Juana trae la sal, los panes, y quizá un poco más tarde se ocupe de las servilletas. Teresa se puso flores en los cabellos y sobre su piel café, una blusa blanquísima de encajes y voladones almidonados. Resplandece fragante y pulcra como a mí me encanta que luzcan las mujeres. Sus caderas pulposas se mueven al ritmo de su tonada y son deleite para la vista... Una pelota repentina pasa rozando mi cabeza y en su vuelo raudo distrae mis pensamientos... En eso, León, más huraño que nunca, anuncia que las brasas están a punto y se retira al patio de atrás. Es evidente que no va a ayudarme. Todavía turbado, me levanto de un salto.

Tengo la urgencia de sacudirme algunas sensaciones y lo consigo a medias: voy colocando las costillitas sobre la parrilla. El carbón encendido despide chispas redondas y coruscantes... Se parecen a los ojos de Teresa... León culebrea entre las sombras del fondo. Es un potro salvaje encerrado en su encrucijada. Mientras, junto a la casa, los chiquilines trepan naranjos para alcanzar la azotea. Van al rescate de la pelota que escapó hacia los techos. Teresa, sobresaltada, los obliga a descender. Su voz tiene ecos de bronce campanero y se mete a retumbar en mis recovecos interiores... Estoy aturdido, pero noto que el padre se llega hasta ellos. En un santiamén desprende el cinturón y los amenaza con voz iracunda, plena de rencor. Los chicos se abrazan a la madre y [41] sollozan atemorizados. Yo no quiero entrometerme en este problema familiar, pero la mirada que Teresa descuelga sobre mí, de soslayo y a rajatablas, es un gemido indeciso que me busca... Es un grito sofocado pidiendo auxilio para sus hijos. La impía correa de cuero abre surcos sanguinolentos en la piel oscura de los muchachos. El hombre está casi loco... La noche se va enturbiando irremediadamente y nuestra fiesta aún no ha empezado. A Teresa le crecen caracoles en el pelo y un nido de cóndor entre sus pechos... Teresa se agiganta. Y se adueña de mi entorno. Y se me nubla la visión. De pronto, el aroma a grasa tostadita y crocante se hace agua en mi boca y adivino que ya está listo el asado. El revoltijo en las tripas me propone rescatar mi yo perdido. Sin embargo, estoy en medio de la tormenta y la tengo que asumir. No puedo desatender el clamor de la madre y entonces, sacudo a León con energía para invitarlo a la mesa. Y aunque mi intención es otra, por supuesto, simulo que no me doy cuenta de nada y los llamo a comer, simplemente. Menos mal que surten efecto mis gestiones y el látigo improvisado se afloja, decae... Todos lanzan suspiros de alivio y se acercan a la enramada con buen apetito. Excepto León. Él se sienta a regañadientes y con cara de pocos amigos. Trato de no tomarlo en cuenta. A mi lado, Teresa huele a reseda. Juana se bambolea despaciosa y coloca sobre el mantel la bandeja con el asado. Uno de los brazos desnudos de Teresa se cruza al descuido con mi mano. Yo voy a la búsqueda de un trozo de carne y los dos coincidimos en la misma fuente. Un cosquilleo repentino desata el trote excitado de mi sangre y una vez más, reconozco que a Teresa le sobran encantos... La silla se viene abajo con estruendo. Es León que acaba de marchar precipitadamente. Teresa mastica su bocado pálido, firme, sosegada. Los chicos engullen el festín llenos de júbilo. A nadie le importa mucho la ausencia de León. Teresa tiene las [42] piernas frías debajo de la mesa. Yo sirvo el vino para los dos. Ella lo toma de a sorbitos hasta vaciar su copa. Le sirvo más. Teresa no lo rechaza. Brindamos. León no ha vuelto. Juana dice que salió hacia el pueblo como espantado por todos los diablos... Los muchachitos cabecean de sueño. Juana los acompaña a dormir: ¡a su juego la llamaron! Teresa tiene las manos tibias encima de la mesa. El silencio se entrega a los grillos cantores. Los sentidos hacen su ronda entre las uvas maduras... Teresa tiene las mejillas acaloradas... Y los labios también. El pecho le sube y le baja tras la blusa blanca. Me distraigo soltando botones... La bella Silvia es una buena chica, pero muy exigente... Mañana de seguro me tendré que ir... Ahora hay mucho tiempo para Teresa y yo... La blusa está en el suelo. Teresa se estremece con la brisa nocturna. La conduzco hacia el interior de la casa. Ella no se resiste. Yo cierro la puerta de mi dormitorio y voy a la ventana: bajo la enramada, León desgarró los encajes de la blusa blanca. Corro las cortinas. Teresa tiene el cuerpo ardiente sobre mi cama. [43]

## Vivir en La Gloria

Oscurecía... Las luces del andén titilaban risueñas. Bajé del ferrocarril con el bolso al hombro y mi maleta de cuero colgando de una mano. Feliz y emocionada por mi arribo a la capital, abandoné la estación y subí al primer taxi que se me cruzó. En uno de mis bolsillos traía los datos del hospedaje que me habían recomendado las de Romero Domínguez, mis vecinas copetudas del pueblo. Se la leí al chofer y éste me condujo hasta la casa amarilla. Allí, el letrero insignificante, alardeaba, sin embargo, de un nombre prometedor: Pensión «La Gloria». Entré sin llamar como me lo autorizaba el cartelito clavado en la puerta de calle. Una señora gorda me recibió llena de reverencias. Solamente al otro día comprendí el motivo de sus exagerados ademanes. Con risa de oreja a oreja, me entregó la llave grande y negra que arrancó de su cintura. Todas pendían de una argolla herrumbrosa y el bronce de sus plaquetas tintineaba con cada uno de sus movimientos. Después me pasó el cuaderno de registros y firmé en él. No hizo ninguna pregunta ni se preocupó de requerirme los documentos. Bastante sorprendida, empecé a caminar por el largo corredor vagamente iluminado. Buscaba descubrir la que sería mi pieza. A la vera del pasillo se alineaban los cuartos uno tras otro y frente a frente. De acuerdo con el número que figuraba en el llavero, la última habitación resultó ser la mía. Tenía en el centro de la pared frontal una elevada puerta con banderola de vidrios [44] opacos, rasgados de puro viejos. La ventana vertical con postigos de cuarterones completaba la fachada. Entré. Era enorme, de altísimas paredes. Del cielo raso, recamado con molduras de flor de lis y penachos de yeso, colgaba una lamparilla encendida y algunas telarañas. En realidad, no muchas. Sólo las necesarias para darle mal aspecto. Se notaba al primer vistazo que la casa era muy antigua, de sólida y rica construcción. Observé que poco cuidado sus dueños le dispensaban en la actualidad y pensé que, probablemente, escasa compostura recibió en varios años, por no aventurarme a decir que ninguna. Algo decepcionada, bajé mi equipaje en el suelo y me senté sobre la cama señorial. Los doseles que la guardaban eran más bien harapos. Con leve saltito probé los muelles del colchón. ¡Demasiado blando para mi gusto!, rezongué y, desconfiada, me puse a levantar cobijas, sábanas y demás componentes hasta toparme con un elástico desvencijado. Ya me acostumbraré, admití con la mejor de las intenciones. Tenía yo el propósito de habituarme lo más rápido posible. No me quedaba otra salida. Según los sabios consejos de aquellas vecinas mías, en Asunción no abundaban sitios recomendables como éste. Abrí la maleta y me dispuse a colgar en el armario mis vestidos. Mientras lidiaba con las perchas destartadas me pareció escuchar un sollozo infantil. Presté atención: era monocorde, fastidioso, pero me sentía tan entretenida con mi tarea, que lo dejé pasar. Además, no tenía ganas de complicarme con los berrinches de posibles criaturas malcriadas en cuartos aladaños, de modo que tomé una toalla y mi cepillo de dientes y salí en busca de aseo. Me uní a varias personas que se encontraban haciendo la cola para el toilette. El corredor desembocaba en un gran salón de baño que era el único accesible a todos los pensionistas. En las horas pico, la espera habrá de ser inacabable, supuse. Así entonces, el lugar resultaría [45] ideal para hacer nuevas amistades y entablar conversaciones interesantes. Por ejemplo, en ésa, mi primera noche, pude intercambiar saludos con los huéspedes de la fila y enseguida, por medio de mi antecesora, me enteré de cosas que venían al caso. La chica, estudiante según me contó, dijo que en esa fonda la atención era buena, el trato eficiente, los compañeros muy agradables. En fin, ella no tenía quejas. Pero en voz baja y reservada, me secreteó que en otra época aquella casa fue distinta... Antes, entre estas mismas paredes, funcionó un fastuoso prostíbulo de los años treinta. El lujo decadente que hoy se respira en «La Gloria», es todo lo que resta de ese

tiempo. Aquí habitaron mujeres de vida alegre y corazón amargo, concluyó la chica, al punto que le llegó su turno. Al poco rato me tocó a mí. Me pegué una ducha rapidísima. A más no me atreví, con la sarta de inquilinos que aguardaban todavía. Regresé a la pieza holgadamente fresca. Tras el alivio reparador, me tendí a descansar de los ajetreos del viaje. En mi cabeza, empezaron a dar vueltas escenas impúdicas... Trataba de calcular la inmensa cantidad de parejas que gozaron en este aposento que ahora, por las carambolas del destino, era mío. Me fue difícil conciliar el sueño bajo los efectos de aquellos pensamientos. La cama se me antojaba pecaminosa. Claro, por eso era tan blanda. Sus resortes, con semejante trabajo, se aflojaron casi hasta tocar el piso. El piso de baldosas carcomidas, desnudas de una pequeña alfombra al pie del lecho. Eso no me importa, mañana mismo se la pido a la gorda y ya está, exclamé con optimismo y avance en mi recorrido de inspección visual: la bacinilla de porcelana recostada en la pata de la cama, el velador con tulipa de vidrio acaramelado y luz mortecina, el perchero de cuatro ganchos clavado en la pared mohosa, el tocador con tapa de mármol y espejo biselado de tres hojas con grietas en cada cual, la butaca de terciopelo marchito, [46] el aguamanil escondido en el rincón oscuro, un cuadro casi borroso de ninfas y sátiros junto al armario... ¡Ay!, ese armatoste con credenciales de ropero de estilo, indudablemente, pudo atrapar en su luna inmensa todas las escenas de lujuria y placer que le pasaron por delante. ¿Y esa puerta? Hay una puerta en el muro. Detrás del ropero. Su dintel se eleva sobre el mueble. Su cornisa labrada se asoma provocativa y me roba la intimidad. No entiendo por qué me entra el miedo cuando miro la rara conjunción que hacen la puerta y el ropero. ¿Qué funciones llegó a desempeñar en aquellos días la puerta? Acaso estuvo clausurada desde siempre. ¿Siempre taponada por el armario? Claro, reconocí, cada pupila debía tener una habitación independiente... De golpe, noté que el silencio era total en «La Gloria». Apagué la luz. Afuera, ni el susurro del viento. Por lo visto, la antesala para el baño se disolvió y en consecuencia, se acabaron los murmullos. Todos se fueron a dormir, menos yo, suspiré desolada dando giros en la cama desagradablemente mullida. Para colmo, se filtraban rayos de luz por todas las rendijas y la claraboya. Comprendí que en el pasillo algún farol permanecía encendido. A esto también me voy a habituar. Por lo pronto, tengo que dormir, pensé, y en alguna parte los sollozos que habían acogido mi llegada, reactivaron su molesto repertorio. A tal punto que el llorón parecía estar dentro de mi cuarto. Era un bebé malcriado que pedía la teta. Evidentemente, se lamentaba en la habitación contigua, la que existía del otro lado de la puerta. Pero era una queja extraña, acompasada, monótona... Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando me acordé que mi nueva amiga de la pensión me había asegurado que no aceptaban niños en «La Gloria». Que estaban prohibidos los chicos y los perros. Recordé que también me señaló a un señor calvo, de edad madura, como a mi vecino de al lado. Me contó que era viajante de [47] comercio. Que ocupaba su pieza por temporadas cortas. De modo que el lloriqueo no podía venir de la habitación de un hombre solo. A no ser que el comerciante se dedicara al contrabando de niños, al tráfico de órganos, al sacrificio de... ¡Estoy hablando estupideces por culpa de que los sollozos no me dejan dormir! ¡Qué contrariedad! ¿Tendré que acostumbrarme a su cantinela? ¡Por supuesto!, acepté resignada y me convencí de que una vez satisfecha mi curiosidad, aquello dejaría de incomodarme. Mañana hablaré con la señora gorda y a otra cosa, prometí en voz alta, buscando infundirme confianza. Sin embargo, aunque los gemidos se interrumpieron en algún momento de la noche larga, llegó el amanecer sin que yo consiguiese pegar los ojos. Aunque no fue por eso por lo que me levanté muy temprano. Yo no podía llegar tarde a mi primera clase. Una buena maestra es quien pone los ejemplos. Cerré con dos vueltas de llave mi puerta y fui hasta la recepción.

La idea fija me martillaba los sesos. Tenía que averiguar... Saludé a la portera gorda y ésta se deshizo en mohines y gestos varios, pero no contestó a ninguna de mis preguntas. Desconcertada, insistí con el tema del niño llorón. La zarandé con impaciencia. Tampoco obtuve respuesta, sólo un ademán, ahora sí, muy elocuente: ella era sordomuda. Avergonzada por mi falta de consideración hacia la pobre mujer, me dirigí al comedor luego de algunas excusas torpes. A esa hora no había comensales, pero me recibió un apetitoso olor a pan recién horneado y a café. Estaba yo sin probar bocado desde el mediodía anterior, así que mi estómago se puso a brincar de alegría ante la inminencia de un rico desayuno. Me senté a la única mesa tendida, ancha, larga y con mantel de cuadros azules y blancos. Una vieja sirvienta con delantal almidonado y cara de pocos amigos se me acercó. Me presentó la bandeja con el servicio sin abrir la boca. Otra muda, dije y me angustié, [48] mientras engullía mecánicamente las exquisiteces y veía morir la esperanza de que la sirvienta me lo descubriese al llorón. Acabé el café con leche y, desilusionada, salí a la calle. Mis ansias de averiguaciones sufrirían un forzado retraso. Dios quiera que a la noche, durante la cena, aparezca alguien que despeje mi curiosidad, rogué camino a la escuela. Distraída con el asunto, recorrí la distancia en cinco minutos. El colegio estaba más cerca de lo previsto. Di mis clases sin inconvenientes. Me pasé el día de un aula en otra hasta que se cumplieron mis horarios. Relativamente tarde volví a «La Gloria». Tampoco esta vez tuve la suerte de hallar compañía en la mesa. Cené solitaria y meditabunda. Acto seguido me alisté para el baño. La cola interminable me puso de mal humor y entonces comprendí que estaba muy cansada. No hablé con nadie a pesar del cordial saludo que recibí de los inquilinos. Apenas me acosté, dormí profundamente. Más allá de la medianoche, el llanto misterioso llegó a través del ropero. Se paseó por la habitación y se fue. Pero sirvió para despertarme. Y para despabilarme. Las horas siguientes las pasé en vela. Ya en pleno amanecer, con el coro de fondo de todos los gallos del vecindario, el llanto se acrecentó. Me rechinó en los oídos. Decidí conocer la verdad por mis propios medios. Me acerqué al ropero. Lo empujé hasta dejar al descubierto la puerta de comunicación. La madera polvorienta me hizo estornudar y retrocedí. Dudaba... De nuevo me aproximé. Con mano trémula accioné el picaporte. La puerta cedió con un chirriar de visagras oxidadas. Ingresé a la pieza. El lecho igual al mío se mostraba tendido y vacío. Allí no había un alma. El viajante partió. La claridad se metía por la banderola y pude inspeccionar a gusto las cuatro esquinas del cuarto y su contenido. Nada vi que justificara los lamentos y sin embargo, el niño lloraba... Despavorida retorné a mi pieza. Cerré la puerta y me tiré [49] sobre la cama. Temblorosa, me hundí entre los muelles y las sábanas. Me cubrí hasta los pelos. El niño seguía llorando... La campanilla del despertador me trajo a la realidad y como por arte de magia, cesó el llanto. Me puse el uniforme en un santiamén y abandoné el cuarto. En el comedor, la sirvienta vieja parecía estar a la pesca de mi arribo porque apenas esperó a que me sentara a la mesa y de un tirón, se despachó la historia escalofriante: ella habitaba en esa casa desde los años treinta. Fue la cortesana más bonita y solicitada del prostíbulo hasta que un día, su hijo de pocos meses, falleció asfixiado en el ropero de la habitación que ahora ocupaba yo. Ella lo escondía entre sus vestidos para acostarse con los clientes. Nunca pudo alejarse del escenario del crimen y se quedó para siempre a vivir en «La Gloria». [51]

## Azahares en el barro

Parecía que de un momento a otro el mundo iría a desintegrarse. Los rayos y truenos estaban librando una descomunal batalla en pleno cielo. Y en la tierra, el pueblo emergía de la siesta más seco que nunca. El arenal necesitaba de la lluvia para calmar su sed. Las tolvaneras pasaban silbando. Lidia le dijo a su prima que entrase al rancho porque el diluvio se iba a desatar de un momento a otro. Pero Juliana se alejó en una danza feliz. La colmaba su ilusión de bañarse en medio de la calle. Fue entonces cuando las mojigatas de la casa vecina se santiguaron. No podían tolerar que la niña se fuese desvistiendo impudicamente por la carretera. En eso, un relámpago explotó muy cerca y dividió en dos la espesa cortina de polvo. La nube de arena todo lo envolvía... El viento azotó la fila de naranjos que bordeaban el camino. Y cayeron de golpe los azahares. Y se vino el chaparrón. Lidia corrió a guarecerse bajo el alero y al instante se dio cuenta de que mucho más disfrutaría chapoteando en el agua, ligera de ropas como su prima Juliana. En un santiamén se sacó la blusa y los pantalones y comenzó a bailar alegremente entre los yuyos y la tierra mojada del patio, aunque no se atrevió a salir en calzones ni siquiera hasta la murallita de adelante. Era cierto que su tía no estaba y tampoco la abuela Belén. Así las cosas, ellas podían divertirse a su antojo. Sin embargo, Lidia, con trece años solamente, era una perfecta señorita y como tal debería comportarse. [52] A Juliana le faltaban todavía algunas redondeces femeninas. Su prima, con su flacura, se parecía más bien a un muchachito. Juliana había cumplido también los trece, pero nadie lo hubiese dicho, excepto aquellas vecinas mironas que no se perdían detalle de lo que pasaba en el pueblo y menos en la casa de ellas. Seguramente, cuando la abuela o su tía llegasen, alguna de las cuatro cruzaría corriendo a denunciar la travesura de Juliana. Por eso Lidia abandonó el baile y se vistió para ir en busca de su prima. Apenas se asomó al portón, tropezó con los anteojos de una de las viejas. Las otras habían desaparecido dejando de centinela a la más beata. Lidia no se pudo aguantar y le hizo una grosera señal con el dedo medio. La santurrona huyó escandalizada de la ventana y ella consiguió escabullirse en ese lapso. Mientras, la lluvia estaba en su apogeo y los niños del barrio saltaban de charco en charco desafiando el temporal. Lidia maldijo haber crecido tan rápido y los envidió de verdad, pero se propuso no ser aguafiestas y olvidando a Juliana, regresó al rancho. Total, ya nadie salvaría a su prima de una paliza o del peor castigo: arrodillarse unas cuantas horas sobre el maíz de las gallinas. Para que se cumpliera el castigo a plazo firme, custodiaban las cuatro santas de enfrente. Se apoyaban de codos en el balcón y sin bajar la guardia, controlaban cómodamente el desarrollo de la penitencia. Esto era algo ineludible, las puritanas no perdonaban un minuto de debilidad, por eso Lidia y su prima las temían más que a la abuela y a la tía. Lidia siempre trataba de ignorarlas a pesar de sus miradas reprobatorias. De modo que, hizo un gesto elocuente con los hombros y se introdujo en la pieza del fondo. Empezó a preparar la merienda. Cuando llovía, el brasero iba derechito al cuarto de la abuela y su presencia lo transformaba en aromática cocina: a salvo de la lluvia, Lidia se puso a quemar la yerba y el azúcar para el mate [53] cocido de todas las tardes. De pronto escuchó algo... Semejaba el zumbido de las abejas. El enjambre, o lo que fuera, llevaba mucha prisa, porque pasó velozmente. Eran voces sonoras y raudas pisadas desplazándose en el barro. Lidia soltó el carbón, la cuchara, el jarro y, sorteando algunos trastos, salió al corredor atropelladamente. Presintiendo una desgracia recordó a Juliana y entonces, decidió averiguar: afuera, convertida en menudas gotitas transparentes, la lluvia decaía... y la sed de la tierra se aplacaba en el turbio lodazal. El contraste sólo sirvió para intensificar su inquietud. Además, el balcón de las chismosas estaba vacío y los portones abiertos de par en par. Por allí se habían escurrido las cuatro



viejas trotando hacia la esquina. Lidia se lanzó en la misma dirección y el vestidito floreado de su prima se enredó en sus pies. Trastabillando llegó hasta el almacén: había muchas personas apostadas alrededor; otras, entraban o salían cuchicheando. Con el temor desparramado en sus latidos, preguntó a cualquiera qué cosa tan grave ocurría. Nadie contestó, pero la modista que vivía después de la zanja, la estrechó con lástima. Ella se puso a llorar sin saber por qué o quizá porque sabía... ¡Sabía que algo le pasó a Juliana! A los empujones se hizo espacio y penetró en ese oscuro recinto con olor a rancio, a cigarro, a caña, a ¡sangre! Y la vio... Vio a su prima Juliana tendida en el mostrador. El almacenero aplastaba contra su nariz la servilleta impregnada con alcohol de quemar, en tanto que su esposa la trataba de cubrir con un mugriento mantel cuadrillé. Los húmedos cabellos de Juliana se esparcían desordenados... Su figurita mancillada, desfallecía en la tosca superficie de la madera. Lidia gritó: ¿Qué le hicieron?, y rechazando el abrazo piadoso de la modista se aproximó a Juliana. Todos respetaron su presencia y se pusieron de lado. Ella se inclinó sobre su prima y la pudo tocar. La muñeca frágil palpitó entre sus dedos. Lidia [54] dejó de temer lo peor, suspiró esperanzada y dijo: alguien tiene que ayudarme a llevarla de aquí. Muchos se ofrecieron a la tarea de transportar el cuerpecito desnudo y barroso, pero decididamente, un señor desconocido, de rostro serio, respetable, se adelantó y la tomó en brazos. Salió a la calle. El séquito de parroquianos avanzó detrás y en caravana partieron hacia el rancho. Caminaban anonadados, con el pesar humedeciéndoles los ojos. Hasta las fisgonas de enfrente todo lo examinaban compasivas. Cuando llegaron, Lidia empujó con el codo la puerta de la sala y les indicó un sofá destartalado (los catres se tienden a la noche, lo recordó sin dar explicaciones). Depositaron a Juliana en el sillón. Lidia se apresuró a vestirla para que a su regreso la tía y la abuela Belén no la sorprendiesen desnuda. Luego, con la vista buscó al señor desconocido para darle las gracias. No lo encontró. ¿Por qué se fue sin despedirse?, pensó vagamente recelosa y entonces, descubrió el desconcierto en la mirada perdida de su prima. Angustiada, Lidia le rozó con un beso la frente y ellos, los del enjambre, como invocados por algún extraño mandato, formaron una ronda en torno a la pobre Lidia y empezaron a hablar todos de una vez: le daban órdenes, consejos, indicaciones, advertencias, reproches... Cada cual por su lado y a los gritos, como para asegurarse un lugar en su cerebro. Lidia sintió que la razón se le escapaba por un hilo vaporoso... Y musitó: basta por favor, ¿no comprenden que me voy a desvanecer? Callaron de inmediato y la observaron atentamente. Ahora, sin emitir una sola palabra. Ella se sentó a los pies de Juliana y aprovechó el silencio para hacerles la única pregunta que cabía en su mente: ¿quién fue? La incertidumbre los unió por igual y todos bajaron la cabeza. Las timoratas del balcón, sonrojadas, eludieron tocar el tema pecaminoso. Y los demás no tenían la respuesta. Se hizo el silencio definitivamente. Lidia se puso de pie y les dio la [55] espalda. Se acercó a la ventana: afuera, la lluvia había comenzado de nuevo a derramar su catarata infernal. Los azahares perdían su blancura en el barro. Lidia imaginó a Juliana en el momento crucial... Tembló. Se volvió vacilante. Se enfrentó al gentío y los invitó a retirarse. Con la voz traspasada por el dolor dijo: prefiero que nos dejen a solas, hay muchos hombres aquí. Nadie se quejó. Todos marcharon. Mojados se alejaban por el caminito pantanoso. Lidia cerró la puerta de la sala. [57]

Ayer, mientras hojeaba el diario de la tarde, tropecé con la noticia del milagro en Areguá. Al instante me acordé de mi hermana gemela y de aquella picardía... ¡Qué escándalo armamos en el barrio! Sucedió durante los años de las diabluras infantiles. En la época del olor a flor de coco, a figuritas de barro, a frutas en el pesebre. Luciana y yo cometimos un pecado y guardamos el secreto. Jamás se lo contamos a nadie. En ese entonces, ni el sentido bendito de los villancicos navideños pudo lograr que lo confesáramos. Tampoco nos había hecho efecto nuestra Primera Comunión, realizada algunos días atrás en la iglesia vieja de San Roque. Simplemente, lejos de arrepentirnos, disfrutamos de la travesura. Vivíamos en Asunción. Todavía en la casa grande, con los abuelos y la perra «Loba», enamoradiza y panzona. Julián se encargaba del alumbramiento y de la repartija de los cachorros: uno por aquí, otro por allá y las hembras derecho a la calle. «¡Suerte perra!», decía mi abuelo y todos aceptábamos el veredicto. Julián también atendía el jardín y la huerta. Petrona, su mujer, cocinaba sopa de verduras y arroz con leche de lunes a viernes. Los fines de semana preparaba la gran comilona y tortas de chocolate o bizcochuelos borrachos. A Luciana y a mí nos cuidaba Genoveva, invariablemente vestida de uniforme azul marino con almidones en su delantal blanco. Dos tirantes alados le cruzaban la espalda y le daban un aire de grotesca mariposa. Evoco a [58] Genoveva como si la estuviese viendo... Y bueno, ¡la teníamos clavada entre ceja y ceja! Ella controlaba nuestras vidas con empeño admirable. Su trabajo era ocuparse en exclusiva de nosotras: un par de mocosas traviesas, irreverentes. En realidad, muchos se movilizaban con el propósito de educarnos. Para la lección de plano, la señorita Elena se presentaba todas las tardes a las cuatro en punto. Una hora de escalas y solfeos y después, el té con pan tostado, manteca y jalea de guayaba. Acto seguido, la profesora de dibujo y pintura hacía su aparición. Llegaba siempre acalorada, sudorosa y en un pase mágico, sacaba de su bolso las acuarelas, los pinceles, las cartulinas. Nosotras la recibíamos con entusiasmo. Nos impulsaba una fiebre creativa inagotable... A la escuela íbamos por las mañanas. Casi a regañadientes, aunque sólo con la intención de que los mayores se fijaran más a menudo en nosotras. La verdad era que a mí me encantaba leer y escribir y Luciana adoraba las matemáticas. Aburridas, rondábamos en busca de alguna picardía que nos hiciera reír a nosotras y rabiar a los demás. «¡Son la piel de Judas!», protestaba mi abuelo tras cualquiera de nuestras diabluras. Y se desprendía el cinturón tratando de intimidarnos. Un poquito por respeto y mucho más por temor, le pedíamos disculpas para volver a las andadas apenas él se alejaba. No obstante, pronto se nos acabaron las artimañas disponibles y cada vez nos resultaba más difícil hallar entretenimiento. Hasta «Loba» se había puesto vieja, gruñona, legañosa y ya no se enamoraba a cada rato. De modo que ni siquiera contábamos con el recurso de hacer chillar a los cachorros. Pero un día, gracias a todos los Santos Patronos del altar de mi abuela, mamá se levantó más temprano que nunca y nos llamó a las dos con cara de circunstancia. Luciana y yo nos tomamos de la mano para darnos valor ante la catástrofe que parecía inminente. Ya cumplieron los nueve años, nos dijo [59] con una seriedad que no presagiaba nada bueno, y añadió: No es posible demorarse más. Es hora de hacer la Primera Comunión. Lo hemos retrasado tanto que me pesa la conciencia. Comulgarán antes de Navidad. Una monjita de la parroquia se encargará de enseñarles el catecismo. Mi hermana me miró con brillo apasionado en los ojos, yo le contesté de igual forma. Aquello era fantástico. ¿Qué otra cosa mejor podía ocurrirnos? A esta altura de nuestro tedio, semejante noticia resultaba prometedora. Y se iniciaron los preparativos. Aprendimos todas las oraciones. De memoria, tal si fueran trabalenguas, las recitábamos del derecho y del revés sin ningún problema. Leíamos la Biblia y otros asuntos referentes al sacramento.

Creo que mucho no pudimos haber entendido, pero recuerdo que, con gran solemnidad y convicción, fuimos a la modista. Elegimos telas y modelos para el vestido largo, blanco, amplísimo. Y frente al gran espejo ensayamos la marcha al Sagrario y escogimos sombreros pequeños con velo de tul. De Buenos Aires nos habían llegado guantes, rosarios y misales con tapas de nácar, todo por partida doble y a pedido de papá. En esos trajines andábamos cuando el tío Ernesto regresó de su viaje a Italia. Por supuesto, traía un regalo para las dos. Luciana y yo perdimos la compostura adquirida en los últimos tiempos y, curiosas, se lo quitamos de las manos. Lo abrimos rompiendo el envoltorio. La impaciencia hizo que forcejeáramos. Entones, cayeron sobre la alfombra las estampas de recordatorio más hermosas que se habían visto jamás. Los dibujos, en tonos suaves, delineaban apenas uvas y panes, copas y palomas. En el mismo centro, resaltaba una niña tomando la Eucaristía. Aquello superaba todo lo que podíamos haber imaginado en uno de nuestros arrebatos de inspiración artística. Lo llenamos de besos al tío Ernesto. Mamá lo invitó a cenar. El tío aceptó y un poco más tarde, la familia en pleno se instaló en el [60] comedor. Petrona había cocinado escalopes al vino tinto con guarnición de chauchas, zanahorias y cebollines de la huerta. Genoveva trajo la fuente y la colocó al lado de mi abuela, pero se olvidó de la sopa de verduras y de la salsera de plata inglesa que usábamos cuando venían las visitas. Yo no hice ningún comentario. Luciana tampoco. Preferíamos comportarnos de acuerdo a las recomendaciones de mamá. Ella nos había prometido una doble ración de postre si, en la mesa, no interrumpíamos la conversación de los adultos y engullíamos sin chistar los platos estrafalarios de Petrona. De modo que ganamos el premio y esa noche, después de la panzada, mi hermana y yo nos dormimos de un tirón. «¡Como los ángeles!», hubiese dicho mi abuelo, de vernos tan apacibles y soñando con sonrisas de beatas. Naturalmente, a medida que se acercaba la hora, más bondadosas parecíamos. Y así, atravesando avemarías, sopas de verdura y tules a granel, llegó por fin el día. La mañana de diciembre amaneció soleada, ¡radiante! Nosotras nos vestimos ayudadas por mamá y Genoveva. Los miriñaques hacían ruiditos indiscretos de puro almidonados, pero, ¡qué bien lucían las organzas abultadas en su máxima amplitud! Peripuestas salimos al jardín: Julián nos obsequió un lirio a cada una. Y fuimos a la iglesia. Y recibimos el Cuerpo de Cristo. Y... «¡Sanseacabó!», dijo mi abuelo y respiró largo y tendido, sacándose un peso de encima. Al otro día amanecemos como siempre. Es decir, como antes de las clases de religión. Genoveva había exclamado llena de sorpresa y desconsuelo: tanto embrollo para nada, siguen igual de insolentes y remolonas. ¡Ni se lavaron la cara al levantarse! Ella tenía razón. Me acuerdo de que Luciana y yo no habíamos querido perder un solo minuto en tonterías. El plan exigía rapidez y no lo expondríamos al fracaso por culpa de una cara más o menos limpia. La idea perfecta la tuve yo. La noche anterior nos [61] habíamos quedado cuchicheando en la cama hasta la madrugada. Disfrutábamos por adelantado de la jugarreta. Casi no dormimos. Ansiosas, nos revolcábamos entre las sábanas. La chispa se me había encendido al término de la ceremonia, en el patio de la iglesia, mientras me atragantaba con mi taza de chocolate y las vainillas crocantes de la confitería «Vertúa». En medio de la fiesta, me puse a pensar que una vez finalizado el desayuno pascual, volveríamos a la rutina insoportable. Entonces, caí en la cuenta de que para Navidad faltaba una semana y el pesebre que solíamos preparar temprano, había sido pospuesto por cuestiones de la Comunión. Allí se me ocurrió una travesura digna de nosotras y, además, muy venida al caso: como nos habíamos codeado tete a tete con la familia celestial, me permití incluirla en el programa. ¡Claro!, si nos aprendimos de arriba abajo los milagros del santoral, ahora teníamos la oportunidad de aprovechar nuestra experiencia y fabricar un milagro de

entrecasa, hecho a mano... Sin embargo, debíamos actuar con prisa. Corríamos el riesgo de que mamá se nos adelantase con el armado del pesebre. Había que hablar ya mismo con el tío Ernesto. ¡Era preciso ser convincentes! No teníamos que permitir que él nos negase el favor. Apenas lograra burlar a Genoveva iba yo a llamarlo por teléfono a su laboratorio. Así que la farsa comenzó sin demora: a Luciana le atacó un repentino dolor de muelas. La niñera se la llevó al baño para hacer buches de agua salada. Volé a encerrarme en el escritorio de papá. Marqué los números y esperé. Me contestó la voz del tío Ernesto. Mi corazón brincó alegremente y le hablé: Soy Carolina, tengo que hacerte una propuesta formidable, dije sin respirar. No me olvido de cómo lo convertí en nuestro cómplice al instante. Le expliqué el plan que por fortuna iba con su carácter divertido. Y le gustó. Y accedió. Y esa misma tarde se concretó el asunto. El tío Ernesto, [62] fiel a mi ruego, trajo personalmente el paquetito escondido en un bolsillo. Me lo entregó sin que nadie lo notara, salvo Luciana. Lo dejamos charlando con mamá y la abuela. Era lo acordado y tranquilamente, fuimos a lo nuestro. Una vez metidas en el desván, tosiendo y aireando el polvo, abrimos el arcón de madera donde se guardaban las figuras de pesebre.

Retiramos del arcón a María.

Era una bella estatua de medio metro de altura. La erguimos sobre su caja y cuidadosamente, destapamos la pequeña probeta que me había dado el tío Ernesto. Sin remordimientos, mojamos en el plasma el pincel finito y nos pusimos a pintar. El rojo intenso marcó buen contraste sobre las mejillas pálidas de la Virgen. Y se cumplió nuestro objetivo.

Guardamos en el arcón a María.

El escándalo se armó a la mañana siguiente, cuando mamá subió al altillo para desempacar el pesebre y se encontró con el milagro.

¡Lágrimas de sangre lloraba María! [63]

El mundo alucinado

Todo empezó cuando me encontré con la novia decapitada. Hasta ese momento, yo había estado tranquila. Claro que por boca de mamá tenía noticias del taller insólito donde las dos modistas se movían a sus anchas. Mas los cuentos son cuentos hasta que se hacen realidad. Recuerdo la vez que llegué a la casa. No le vi nada especial, salvo una robusta Santa Rita que se tragaba las verjas prominentes del jardín. A simple vista parecía una casa vulgar. Sólo a simple vista... Yo me atreví a incursionar por entre los claros del ramaje y enseguida me topé con el portón. Lo empujé. No cedió fácilmente. Me las arreglé con maña y vencí su resistencia. De par en par se abrió con la última sacudida y varios tallos en granate florecidos fueron arrancados de cuajo. Era notorio que por allí nadie se había

metido en mucho tiempo. Sin lugar a dudas, utilizaban el portoncito que daba al callejón. Pero esta es la entrada principal, de modo que seguiré avanzando, dije, y serenamente, me aventuré en medio de las sombras del anochecer. Mamá no me había informado al respecto. Sólo me encomendó que de paso a la facultad le acercara a sus modistas nuevas, los botones y las cintas para el vestido que iba a estrenar el sábado. Así entonces, continué la marcha hacia el famoso mundillo de Perla y Rubí. No ignoraba que el asunto retardaría mis otras obligaciones. ¡Tan luego en fecha de exámenes venirme con semejante pedido!, protesté. ¡Mamá y sus [64] exigencias! Para dar órdenes ella siempre andaba lista. Hay que tratarlas con respeto. ¡Nada de sonrisitas burlonas!, me lo había indicado precisamente aquella tarde, antes de irse a la oficina. Perla y Rubí son modistas de «Alta costura». Señoritas mayores con algunos despistes propios de la genialidad, me lo recalcó por si acaso. No hacía ninguna falta. Aun cuando esa era la primera vez que las visitaba, por referencias las conocía perfectamente. Ya en reiteradas ocasiones me había hablado mamá de la rareza y soledad de sus vidas. Y yo no tenía más remedio que rodearlas de un halo misterioso, sugestivo... En tanto mamá me iba describiendo machaconamente los detalles que convertían el hogar de Perla y Rubí en un sitio demasiado extraño, yo prestaba escasa atención a sus palabras y me dejaba enredar en mi entretenimiento favorito: imaginarlas, retratarlas de cuerpo entero. Me las figuraba feas, magras y arrugadas como higos secos, aunque muy paquetas. Las adivinaba luciendo kimonos satinados, gafas montadas en oro y chinelas de felpa con adornos de cañutillos y abalorios. Siendo gemelas no podían ser desiguales. Apenas varían en el peinado, comentaba mamá: Rubí lleva la cabeza casi rapada y Perla recoge sus cabellos en una trenza gorda, agregaba. A mí se me superponían en un signo de interrogación y entonces, daba curso a las conjeturas. No veía la hora de conocerlas personalmente, pero justo caerme así, en pleno examen de semestre. ¡Qué contratiempo! No debería quejarme, sin embargo. Curiosear el mundo de tan singulares modistas estaba en mis planes desde que tuve noción de su existencia. Es un taller de confecciones fuera de serie. Ligeramente redondo y teatral, ponderaba mamá. Yo no podía perderme la oportunidad de escudriñar aquel recinto estrafalario, de manera que continué mi trayecto pisando fuerte la hojarasca del patio. Señorón en su aro de mimbre y botella, un loro decrepito me dio la bienvenida. [65] Desvelado se hamacaba pendiendo de una horqueta. Los faroles del corredor lo alumbraban a capricho de la ventolera. Detrás de su parloteo, escuché con nitidez el rumor acompasado de pedales moviendo antiguas máquinas de coser. Inmediatamente me puse a fantasear: adentro, giraban las ruedas de hierro en alocada prisa y entre algodones bordados, gasa chiffon, raso opaco, seda salvaje, crepé de lana y pañoletas de cuadrillé bicolor, Perla y Rubí, tras el tiro de largada, se lanzaban a competir en vertiginosa carrera sobre la pista circular... Subían y bajaban los pies desesperadamente, con el audaz propósito de llegar a alguna parte. Algún día quizá... Hasta hoy, mientras las dos envejecían sentadas, aunque moviendo los pies, las cuatro estaciones - con cruel indiferencia- se habían ido sucediendo una tras otra sin la menor intención de congraciarse con ellas. El verano era de las viajeras que encargaban modelitos de playa o prendas elegantes para el casino. De la temporada otoño-invierno se apoderaban las labores fastidiosas: abrigos peludos con botones de pasamanería, conjuntos combinados de hasta tres piezas, faldas en tejido escocés con miles de tablas y orilla desflecada. Y, por supuesto, el complemento ideal para las noches de fiesta: amplias capas de terciopelo negro en corte campana. Y en primavera renacían las organzas vaporosas, el plumetí... Y la estación en flor se adueñaba de las estudiantes, de su juventud, de sus bailes... Qué lindo sería que también para las hermanas existiese una estación exclusiva, hecha a la medida de sus

ansias. Y que las dos, llegado aquel momento, se entregaran a danzar con toda la fiebre de sus vidas solitarias. Suspiré melancólica. Me lastimaba el clima apesadumbrado que envolvía mi ensoñación y en busca de emociones diferentes, decidí echar un vistazo al interior de la casa. Me arrimé a la puerta. Con los nudillos, llamé. Insistí pacientemente. Como no me contestaron, estire [66] el picaporte y entré. La novia decapitada me recibió. Por fortuna descubrí a Perla antes de asustarme en serio. Todavía me embargaba el estúpido candor de mis fantasías y pase adelante. Al final de la blanca y larga cola, Perla estaba de rodillas. Me saludó con un gesto. No podía hablar, tenía la boca llena de alfileres. Los escupió en una cajita de cartón y se levantó. Yo le entregué el paquete enviado por mamá sin sacarle los ojos de encima a la novia mutilada. Nunca había visto un maniquí en traje nupcial. Resultaba tan grotesco que a viva voz compadecí a la novia. Perla, escandalosa en su carcajada loca, me aseguró que era muy bonita la joven casadera y que los encajes y el tul le sentaban de maravillas. Mucho no me convenció, pero, pensando en mamá, se lo acepté por educación. En eso apareció Rubí. Tijeras en mano se aproximaba... Sentí una pizca de miedo al notar las hojas afiladas enfilando hacia mí. Rubí charlaba y gesticulaba sin desprenderse de las tijeras. La vaga idea de que aquéllas formaban parte de su mano derecha, me aturdí. Sus modales se me antojaban desatinados. Con ese arranque de chifladura era capaz de espantar a su clientela más precavida. ¿A cuántos pretendientes habrá ahuyentado la histérica con sus uñas de acero? No en balde se consumía un cirio amarillo ante el San Antonio de patas para arriba. ¿Cuántas promesas en vano habrían hecho estas dos señoritas irritables? Mamá solía acordarse de Rubí, de su flacura cautiva en un manojo de nervios, de sus manías, de la muñeca de trapo que usaba de alfiletero. Más de una vez -armada de su aguja- me clavó las carnes con los hilvanes de la prueba, se lamentaba mamá. Y ahora las tijeras... No. A mí no me iba a pescar distraída. Con cautela me hice a un costado y caí en la cuenta del silencio. No volaba una mosca en la estancia de altas paredes curvas con olor a nada. Herméticas, las máquinas de coser habían callado en sus [67] escondites de madera. Igualmente enmudecieron las hermanas. En tanto, sigiloso y desnudo, un foco de luz eléctrica se descolgaba sobre la mesa de trabajo forrada en papel de estraza. Allí se alineaban los vestidos a terminar: ¡flácidos, huecos, lacios, blandos!, me desconcertaban con su apariencia de fantoches moribundos. Y como si aquello fuese poco, los ojos desorbitados de las modistas apuntaban directos hacia mí. Por su parte, a modo de collar, Perla se enrollaba la cinta métrica a la garganta huesuda, y se la daba vueltas y más vueltas... Y por la suya, con sus tijeras en volandas, Rubí cortaba jirones de tela y más tela... Y amputaba brazos de rayón con puños dobles de cuatro ojales. Y manos articuladas con dedos amoratados o quizá, guantes morados... Sin embargo, ambas, a la par de sus aspavientos, me dedicaban sonrisas bondadosas. Perla había modificado el sentido de sus giros y ahora rotaba en torno a la novia trunca y ensartaba en su escote mostacillas y lentejuelas. Entusiasmada con el circuito fatal, me enseñaba el cuello desportillado del maniquí. Probablemente, ninguna de las dos había advertido mi confusión y con sus alardes intentaban ganar terreno. Querían engatusarme con malas artes para conseguir un maniquí que tuviera cabeza. Con tanta ropa a medio acabar, necesitaban que alguien pusiese el cuerpo para la última puntada. Yo puedo llegar a ser la víctima, calculé con angustia y se me deslizó un escalofrío por la espina dorsal. En contrapartida y a la distancia, la mesa examinadora y sus terribles profesores surgían como la única escapatoria al mundo alucinante. Atormentada, contemplé aquella sala de costura que era más bien una mazmorra de tortura. Pues claro, con los maniqués descabezados, las tijeras puntiagudas, las agujas, los alfileres, la muñeca destripada, la penumbra misteriosa... ¡Huy!, los grilletes, las

cadena, el verdugo, la guillotina, la horca y en el mismo centro, el gran [68] espejo triple con horribles manchas en su azogue. Éste, sin piedad, me tiró a la cara una chica de mi semejanza, pero con los pelos de punta. Multiplicada por tres, pegué la vuelta y comencé a escapar... Me liaba con los retazos, cintas, cordones y hebras de hilo dispersos en el piso, también con los doseles de lienzo enganchados en el techo. Tropecé con percheros de capa y sombrero, diseños de alta moda expuestos en el caballete, la jaula sin el perico, un corte de satén rojo sangre de más de nueve metros y al cabo, apareció la cabeza de la novia. Sobre el patíbulo exhibía coronita de azahares. [69]

### La casa del olvido

¡Suceden cosas raras en este sitio! No entiendo con qué fin me invitaron. ¡Esto parece una casa de locos! Aquí nadie ha notado mi presencia. Solamente la mucama. Hace un rato quise saludar a esa señora copetuda que pasó cerca de mí con mucha prisa. Era la patrona, supongo, porque iba peripuesta de arriba abajo, con flores en la cabeza, largos faldones de raso y chinelas doradas. Ante mi gesto de cortesía, no se inmutó y su boca, muy roja, apenas se movió en una mueca inexpresiva. Y después apareció el otro. El anciano militar, con las botas de caña alta llenas de polvo y de grietas. Caminaba resbalando el paso en leve cojera. Ni siquiera me miró cuando le hice una gentil reverencia. Luego se me acercó la chica cimbreada. No entiendo cómo no tenía frío, si yo me estaba congelando con tanto mármol a mis pies. Sin embargo, ella, plena de sonrisas, transitaba descalza y en prendas interiores de color de rosa. Provocativa, sin pudor, exhibía su cuerpo. Me preguntó la hora con la incertidumbre reflejada en sus ojos vacíos. Yo observé mi reloj y cuando levanté la mirada, la vi de espaldas, alejándose. Coqueta, se contorsionaba como si algún ritmo fogoso la estremeciera. Y tuve que pensar en las bailarinas del Moulin Rouge, en el cancan, en Toulouse Lautree... Los recuerdos se me descolgaban entre las cortinas igual que marionetas agonizando... Mientras, el desfile de personajes estafalarios proseguía en el salón. ¡Claro que esto es una casa de locos! Lo que no [70] comprendo es para qué me invitaron, si no van a atenderme tal cual yo lo merezco. Aparte de la amable mucama vestida de blanco y almidonada, ninguno más se molestó en congraciarse conmigo. Estoy de visita aquí y no encendieron la chimenea. No sé cómo pueden ser anfitriones tan desatentos. No me convidaron con nada. ¡Ni un solo cigarrillo! Tengo ganas de fumar. Lástima que olvidé el paquete en la otra cartera. ¿Dónde dejé la otra cartera? ¿En París o en la casa de Juan? No, en París no pudo ser. ¿Cuánto hace que vinimos de Francia mi esposo y yo? ¡Cómo es ingrata la vida! No bastó nuestro cariño. Tuvimos que separarnos al llegar. Se lo llevaron aquellos hombres. «Hay mucho trabajo en la frontera», dijeron. «Allí brota el dinero, se hace fortuna fácil». Eso alcanzó para que Marcel se decidiese. Se fue. Y, en menos de un año, murió. Juan y su mujer no supieron comprender mi angustia. Eran mis únicos amigos y no aceptaban mi dolor. Entonces empezó la comedia. «Te estamos ayudando», decían, y me obligaban a comer huevos crudos y a tomar pastillas para el olvido. Pretendían que yo me tranquilizase. Que no pensara en la ausencia de Marcel. Trataban de aturdirme con maniobras extravagantes Y ¡lo conseguían! Me volvían loca con sus disturbios: concertábamos citas inútiles con señores antipáticos. Y todos los días me leían cartas de parientes de Francia. Eran cartas inventadas. Estoy segura. Las firmaban seres desconocidos, a los cuales yo identificaba con lejanos protagonistas de los cuentos

que me narraron cuando niña. Seres ambiguos, como en los cuadros surrealistas del Museo del Louvre. Allí me conoció Marcel. Yo estaba rodeada de mis alumnos. ¡Daba clases de pintura en medio de tanta gente! Y ahora estoy sola. Todos pasan de largo... Veo que se aproxima la mucama y río con alboroto. Necesito inspirar simpatía. Busco que ella se detenga a mi lado y converse conmigo. Ya la tengo aquí. Me toca con [71] ternura. Apresa una de mis manos y paseamos juntas. ¡Qué bien me siento! Por fin alguien me quiere como solamente me quería Marcel. ¿Por qué lo mataron? Él era bueno. Estoy convencida de su inocencia. Él jamás se metería en negocios truculentos. La sangre lo impresionaba como a mí. Intento recordar aquella vez... Sí, en ese tiempo que se inicia después de los colores vislumbro a Marcel. ¿Cerca o lejos? No sé dónde... Pero sé que tenía una herida y que su sangre chorreaba gota a gota... Marcel se esfuma... Se esfumaba... Luego, emergió pálido como los cirios que titilaban frente a mi Virgencita de Lourdes. ¿Dónde quedó el lienzo de la Virgen? ¿Dónde mis pinturas? ¿Y mi paleta de colores? ¿Y mis pantuflas de lana? Tengo mucho frío en los pies. Tiemblo y la miro de reojo a mi compañera. Quiero soltarme de su mano y cerrar todas las ventanas. Pero ésta no es mi casa. ¿Cuánto hace que yo no tengo casa? En París, las paredes de mi departamento de la calle de Rívoli eran de matices cálidos y no tan altas y frías como las de este corredor interminable. ¿Adónde vamos? La mujer de la bata blanca es cariñosa pero tampoco me habla y avanza muy lentamente. Yo quiero llegar a alguna parte. Estoy exhausta y desmemoriada. Ya olvidé cuantos meses hace que no duermo en mi casa. ¿Desde que Marcel viajó? No, desde antes. O un poco después... No sé... Después Marcel murió en una redada policial. «Comerciaba con sangre humana», dijeron. «Agotaba niños». ¿Hay niños descoloridos más allá de las ventanas? ¡Qué horror! ¡Qué calumnia! ¡Marcel desangrando niños! No obstante, Juan opinó que sí. Que eso era posible. Marcel había cambiado desde cuando se unió a aquella gente y tal vez mereciera esa muerte espantosa. Decretó que no tenía perdón todo cuanto hizo y que por ello estaría revolcándose en los infiernos. Quiero orar por el alma de Marcel. ¿Dónde está la Virgen? Voy a encender... ¿Qué es lo [72] que voy a encender? Ah, sí. Un cigarrillo. El tabaco me hace bien. Me tranquiliza. Estoy nerviosa. Lo sé porque me tiemblan las manos. Aquí hace mucho frío. Estoy tiritando de frío. Siento que se derrama mi sangre a borbotones. Ya me acabo... Este pasillo helado tendría que acabar en alguna habitación abrigada. ¿Por qué nunca llegamos? Quisiera preguntar a gritos, pero temo romper el silencio de esta mucama tan servicial. Sin embargo, afuera hay ruido de voces y risas. Retumban en mi cabeza locas carcajadas. Me gustaría bajar hasta el jardín. Aspiro el aroma de capullos en flor y de césped mojado. ¿Llueve quizá? En París, Marcel y yo paseábamos por las Tullerías bajo la lluvia menuda de noviembre. Juan me ordenó ayer que abriera el paraguas porque estaba lloviendo y yo no le obedecí. Nunca más obedeceré a Juan ni a su esposa. Ellos no son familiares míos. Antes eran amigos. Antes, cuando no calumniaban a Marcel y no me perseguían con sus cuidados hipócritas. Me voy a volver loca si no me dejan en paz. Menos mal que fui invitada a esta casa. Así dejaré de vivir con ellos. Confío en que mis problemas se podrán resolver en este sitio. Aunque la verdad, es que sólo me crucé con gente rara desde que puse aquí los pies. ¿Tengo los pies ateridos o no tengo pies? No los siento. Los busco sobre el piso. Las baldosas ajedrezadas me proponen un acertijo de ilusión óptica: las casillas negras se hacen a un lado. Veo un niño exangüe. Es todo blanco. Su rostro doliente es de harina. Es un niño Pierrot y me llama. No lo quiero seguir. Debo tener cuidado con mis pies. Los pasos se me arrastran. Me encuentro pesada. ¡Tengo tanto sueño! Tambaleo... La mucama se da cuenta y se detiene. Me mira fijamente a los ojos, pero no me habla. Tampoco sonrío. Me molesta su actitud. De un tirón me suelto. La tomo de sorpresa y



dando tumbos, ¡escapo! Hay una escalera de caracol al final del pasillo. Entre giros me dejo llevar... Abajo [73] veo el patio de murallas altas hasta el cielo. Abajo... Cada vez más abajo hay caras y caras y caras empolvadas, ¡vacías de color! Me da vueltas la cabeza. Los niños anémicos juegan a la ronda. Todo gira... Pero ya no tengo sueño. Con cada vuelta voy ganando fuerzas. El vértigo me violenta. Grito desesperadamente y me desangro. ¡He perdido toda la sangre! Tengo frío. Voy a morir. Convulsiono. La dama de la bata almidonada está junto a mí. Solícita me abriga con una camisa bien estrecha. Me la sujeta por detrás con energía. Me envuelve... Estoy envuelta en los brazos de Marcel y olvido... [75]

### Flor de agosto

Carlota amaneció en el parque. Una fragancia dulzona fluía de la arboleda y luchaba por embriagarla. Era un aroma indefinible. ¿A fruta madura? ¿A flor de agosto? Lastimosamente, ella no tenía el ánimo a punto para emborracharse con ese olor ni ganas de averiguar su origen. Mientras el amanecer invernal se hacía eco de su angustia, el agua en la hierba soltaba destellos lacrimosos. Desde la tarde anterior había llovido intensamente. A eso de las siete escampó de golpe. El cielo se puso limpio. Desalojadas por el resplandor de la mañana, se fueron las penumbras. Entones, Carlota levantó hasta su mentón el cierre de la campera de cuero y abandonó el refugio. Caminó. Chapoteaba entre las hojas y ramas que el viento había derrumbado. A los tropezones pudo escapar de la tufarada penetrante y de su propio caos. Se le habían ordenado sus pensamientos y comprendió que no debería permitir que la infidelidad de Alejandro la absorbiera por completo. En su hogar, sus hijos le exigían dedicación. De un lado, estaba Verónica, fruto de su primer matrimonio y sobrina mimada de la tía Marisa. La tía soltera que le daba todos los gustos. Verónica había vivido una adolescencia demasiado complicada y como resultado, ahora se mostraba huraña, introvertida. Del otro, andaba el pequeño Juan, travieso hasta desbaratar la paciencia del más resistente. Por suerte el chico tenía a su niñera Rosita. Rosita era pizpireta y muy joven, aunque capaz [76] como ninguna. Gracias a la incorporación de Rosita al núcleo familiar, las diabluras de Juan habían empezado a disminuir. Con increíble habilidad la niñera iba encarrilando a Juan. Juan era el único hijo que Carlota tuvo con Alejandro y ambos lo habían consentido exageradamente. El amor que se profesaban repercutía en el hijo. Desde luego, también Verónica entraba en el reparto de afectos. Pero eso fue en otra época. ¿Cuánto hacía que Alejandro empezó a despreocuparse de su familia? Más de un año. Hacía justo un año que Carlota lo había descubierto en el siniestro cafetín, y, a pesar de la atroz desilusión, hasta el día de hoy, continuaba firme al lado de Alejandro. Ella resistió su horrible pesadilla sin destruir la estabilidad matrimonial. Si alguien le hubiese anunciado un poco antes de aquel suceso que Alejandro iba a engañarla, ella, de buena gana, se echaría a reír. ¡Eso es imposible!, exclamaría segura del cariño de su esposo. Y sin embargo, todo pasó sin previo aviso. Su misma desventura la había empujado ayer. Ayer viajó Alejandro y Carlota salió de su casa. Cruzó la avenida Artigas y se internó en el parque. Después cayó la lluvia. Corrió. Se empapó. Más tarde encontró un lugar para su noche tormentosa: era un rancho destartado. Cuatro palos, adobe en un rincón y algunas pajas arriba. Debajo, el suelo de tierra apisonada, seca, acogedora. Se acurrucó en el milagro. ¡Si fuese así de fácil hallar soluciones! En cambio, ella se enfrentaba a diario

con su problema sin llegar a resolverlo jamás. El roñoso episodio se le había instalado en la mente como huésped definitivo. El martes próximo iba a cumplirse un año de aquel asunto. Carlota recordaba el otro día cuando, sumida en el dolor, fue a contárselo a Marisa, su hermana, su entrañable y única hermana. Y aún así, nada hizo para aliviarla. Eso la hundió más todavía. Y le asombró su actitud. ¿Por qué Marisa se comportaba así? Las dos fueron muy unidas [77] siempre. Aunque, haciendo memoria, Carlota pudo notar que de un tiempo a esa parte, su hermana la había estado eludiendo con excusas tontas. Y al fin, la tía Marisa acabó por apartarse del grupo familiar. A causa de eso, aquel domingo fatal, trece de agosto del año pasado, Carlota se había sentido sola, aburrida... Alejandro se fue a la cancha. Juan al circo, en compañía del abuelo Tomás y los primos. Verónica, simplemente, desapareció sin despedirse. ¡Verónica flotaba en una nube la mayor parte del día! Y para completar la soledad de Carlota, la niñera, por supuesto, tenía el domingo libre. Así que nadie había quedado en casa, excepto ella. Se puso a recorrer las habitaciones vacías y se acordó de Marisa. Anteriormente, en las siestas de invierno, luego del tuco y los tallarines domingueros, iba al cine con Marisa. Evocando, llegó hasta la cocina y se sirvió una taza de té. Después, se acomodó en el sofá para leer la nueva novela de García Márquez. No se podía concentrar. Desde la mañana, una sensación imprecisa la había estado amedrentando. Era como si de malos presagios se tratara. Aturdida, Carlota resolvió dar un paseo. Partió. Hacía bastante frío y ella olvidó ponerse el abrigo. Caminó deprisa para meterse en calor. El cosquilleo absurdo persistía... Se alejó. Se desorientó. Un raro impulso la había guiado hasta ese barrio desconocido. De pronto, desembocó en una calle extraña, frente a un bar despoblado, sombrío. Sin curiosidad miró tras los vidrios grasientos. La espalda insultante de una mujer le salió al paso. Se tocaba la cabeza con un gorro estrafalario de color amarillo chillón. Alejandro la abrazaba, la besaba... Vio los ojos ardientes de su marido y aquellas manos tan suyas acariciando a otra. En otra boca el beso amoroso... ¡No, basta de torturarse con esa imagen! Le hacía mucho daño recordar. Tenía que sepultar de una buena vez la traición, huir del conjuro maldito. Respiró intensamente [78] para desligarse de los recuerdos. El clima bucólico que se vivía en el parque la invadió de improviso. Le entraron ganas de rendirse, de relajarse y de volver a ser feliz, a tener fe. Los rayos del sol temprano ponían luces en la floresta y en sus ideas. Ya bastante oscuros habían sido sus días. A lo ancho de doce meses, Carlota trató de esclarecer sin éxito la identidad de aquella mujer. ¿Acaso no sería ésta la hora de claudicar? Dudaba... ¡No, mil veces, no!, gritó sacudiendo la cabeza para expulsar su cansancio. Ella no podía echarse atrás, Alejandro continuaba humillándola. Todo se lo achacaba a sus alucinaciones. Ella había pasado a ser una esposa ridícula que, de puro desconfiada, veía fantasmas. Sus amigas le daban consejos venidos al caso y le criticaban sus celos infundados. Verónica, distante, apenas participaba, pero en medio de su despiste, concedía la razón a su padrastro. También María Elena, la más íntima de las amigas de Carlota, apoyaba las palabras de Alejandro y por culpa de aquella simpatía, quedó trunca una relación que había nacido en la infancia. Hasta Rosita justificaba plenamente al patrón. Sí, ¡todos contra ella! Pero ella estaba segura de haber visto en el bar la cara de Alejandro. La otra cara había quedado en el anonimato. Su rival se encontraba de espaldas. Por más que Carlota se esforzaba no podía atrapar ningún detalle. Sólo un gorro de lana de color amarillo le bailoteaba en la memoria. Un gorro llamativo, inconfundible. La mujer lo llevaba encasquetado hasta las orejas. Carlota sabía que si desenmascaraba a la dueña del gorro, su marido se vería obligado a confesar y terminaría con la sarta de mentiras. Pero, ¿cómo lograrlo? Alejandro juraba sin remordimientos que el gorro de color amarillo nunca existió. Verónica -bajando de las nubes- reprochaba a su

madre tan frondosa imaginación. La niñera se acoplaba a la defensa mientras lidiaba con Juan. Los tres se ponían en contra de ella. Tanto [79] así, que hasta llegaron a hacerla titubear... Y Marisa, ¿qué opinaría Marisa? Era entonces cuando Carlota notaba el hueco que Marisa había dejado. De cualquier modo, ya se acostumbró a no contar con su hermana. Hacía un rato largo que Marisa no los visitaba. Todos tenían la sospecha de que andaba en malos pasos. Y comenzaron a circular los rumores en rueda de amigos y de la parentela. Lamentablemente, las dificultades matrimoniales de Carlota la hicieron egoísta y no se ocupó de acallar las murmuraciones. Y se olvidó de Marisa. De ahí que esa mañana la sorpresa le cortara el aliento. Se topó con Marisa en la sala de su casa. Ante la chimenea encendida, su hermana la esperaba. Nerviosa, fumaba un cigarrillo y cruzaba las piernas en tenso ademán. El saludo apenas lo balbuceó y permaneció sentada en el sillón favorito de Alejandro. Alejandro había tenido que viajar a Nueva York por cuestiones de negocios. Carlota regresaba del parque. Venía de pasar la noche en vela fluctuando entre el gorro de color amarillo y todo lo demás... Traía en sus manos un ramo grande de flores de agosto. Las había cortado pensando en Alejandro. El aroma penetrante la excitaba. Ponía en su memoria retazos de pasión. Como obnubilada, Carlota buscaba el búcaro de cristal cuando entró Rosita con el servicio de té en la bandeja china. Lo depositó en la mesa rodante y se fue a cuidar de Juan. Carlota miró distraídamente y vio dos tazas humeantes; con el té a punto. Entonces, arrastró la mesita hasta el sillón de Alejandro. Y se sentó frente a Marisa. Y dejó de buscar un jarrón para sus flores. Y las acomodó con cuidado en su regazo. Y esperó a que hablara su hermana. Desde que entró en la sala, Carlota adivinó que algo grave había venido a comunicarle Marisa. Probablemente, respecto a sus andanzas del último tiempo. Carlota se dispuso a escuchar. Marisa estiró las piernas y sorbió un trago de té, abrió su bolso, extrajo [80] un sobre y se lo pasó. Era un sobre abultado, de papel madera y de tamaño regular. Marisa susurró: ayer estuvo en casa a despedirse y te dejó el sobre. ¿Quién?, preguntó Carlota. Marisa tragó saliva. Suspiró. Intrigada, Carlota abrió el sobre. De su interior, suavemente, resbaló hasta su falda un gorro de lana. Su color amarillo chillón se confundió de inmediato con las flores de agosto. Marisa dijo: te lo envía Verónica. [81]

### Perlas de invierno

En las siestas de invierno solíamos revisar juntos nuestros papeles. Emiliano escribía poemas casi siempre endecasílabos. Usaba metáforas prodigiosas. Tañía la lira, el latido, el arrullo... Hacía versos delicados, sensibles hasta derribar los muros más altos, más recios de la indiferencia humana. Era poeta exquisito. Yo estaba orgullosa de ser su amiga. Pese a mi juventud adolescente, él me había recibido en su mundo de antiguos pergaminos, de viejos tesoros, de un misterio doloroso en la primera estación de su vida. Mi pequeño aporte a estos encuentros intelectuales era un cuaderno de cuentos redactados con afán. En mi presencia, él los repasaba en voz alta, meticulosamente. A mí me encantaba oír su acento tranquilo, grave, armónico, leyendo generoso mi trabajo. Y me gustaba ese olor picante a tabaco negro que escapaba rotundo entre sus palabras... Hoy, a pesar de todas las distancias, aún lo recuerdo en ese aroma. Y lo veo sentado en su sillón de cuero desteñido. Con su melena blanca de poeta, de profeta... Con su bata larga. Con sus pantuflas abrigadas. Con las gafas temblequeando en su nariz de gancho. ¡Cuánto lo añoro! Y añoro también el

tumulto de mi alma enardecida. De mi mente atrapando sabiduría en cada rincón de ese recinto de luz. Sí, luminoso gracias a la fuerza indiscutible de los conceptos vertidos por Emiliano. Sin embargo, existía un punto oscuro entre esas paredes: el cofre de palisandro escondía un secreto... [82] Con candado de bronce, Emiliano tenía prisionero al misterio. De su cuello colgaba la llave en cordón de seda azul marino y desde allí le hacía guiños burlones a mi curiosidad. Yo intentaba desviar por todos los medios la intriga y me concentraba en su voz profunda recitando poemas, desgranando sapiencia... En aquellos días de nuestra perfecta comunión literaria, las tazas de café, los leños en el hogar, los libros en sus anaqueles de madera labrada, creaban el escenario ideal para una tertulia muy íntima: de sólo dos seres hermanados en el espíritu. Yo llegaba a su casa un poco después del almuerzo. Emiliano, invariablemente, me ofrecía café. Nunca dejé de aceptárselo. Era de molienda doméstica y además, cebado por él mismo en la cafetera de peltre. Entre sorbo y sorbo, nos poníamos a hojear, primero sus papeles amarillentos; impregnados de una letra chiquita, desapareja. Yo elegía siempre el poema que cantaba a las perlas. Era un preámbulo ritual, inalterable. Emiliano clavaba sus ojos húmedos en el cofre de palisandro y a continuación, declamaba emotivo, sonoro, ¡vibrante!, caldeando fervoroso el aposento. Yo suspiraba de placer con cada verso y él no se detenía hasta que la perla final sellaba la incomparable hermosura de su canto. Luego, empezábamos la revisión de mi cuaderno. Yo se lo abría en la página indicada. Emiliano calzaba sus anteojos y daba inicio al análisis de mi último cuento. Era riguroso conmigo. Jamás me permitía una frase vulgar o dicha como el común de la gente. «Los caminos son muchos y hay que elegir el mejor», me lo aconsejaba sistemáticamente. «No importa el esfuerzo derrochado si lo que dices conserva su ritmo, su concierto», me lo repetía hasta el cansancio. Esto lo aprendí de memoria como el Padrenuestro. Y sus recomendaciones tuvieron fruto. Yo no puedo juzgar si es la fruta por él deseada. Aunque algo importante para mí he conseguido: sostener la constancia de escribir y el empeño de [83] progresar, de avanzar eludiendo los escollos... «Escúchame y trabaja», me lo exigía dinámico, vital... Después enfermó. Emiliano se olvidó de pensar... Se fue de a poco... Se fue del todo. Pasaron los años. ¡Pasaron tantas cosas! Pasó de moda la belleza, el molinillo de café, el canto a las perlas. Y claro, pasaron entonces las páginas manuscritas de Emiliano. Y sus poemas. Y pasó su bata de lanilla escocesa. Y pasé yo. Sí, también paso mi juventud. Mi cuaderno de ayer se perdió en el tiempo. En el tiempo pasado. Pero en mis recuerdos Emiliano permanece... Guardo el secreto del poeta. Guardo la esencia de sus mejores versos: tengo el cofre de palisandro, su candado, su llave. Hay en el cofre coronita de perlas y un velo de novia. Su dueña fue la novia de Emiliano. La novia que murió de amor en su noche de bodas. [85]

### El perfil de Matilde

Subió a su atalaya cuando el primer chispazo de sol anunció el nuevo día. Observó el panorama: azul por los cuatro costados. Y arriba. Y abajo. ¡Mañana sería diferente! Tocaría tierra y con suerte, tocaría a Matilde. ¡Su linda Matilde! ¿Sería suya todavía? Dudaba... Seis meses afuera parecía bastante tiempo. Era historia larga. Muchas aguas pasaron... Y Matilde, nunca aparentó ser mujer de gran paciencia.

Y uno, que entre día y día se aturde en la espuma pasajera para subsistir a duras penas con tanta sal fabricando grietas. Pero si uno es marinero, ésta es su vida.

Por ejemplo, ayer la dejó a Lulú naufragando en su propio llanto. De contraluz, simulaba un gracioso cuadro con gaviotas y tornasoles y hasta su collar de flores parecía lagrimear gotas de rocío. Sin embargo, Lulú lo perdería. Se fueron y vendrán otros marineros para Lulú.

Y a uno, que no le importa porque tiene en el bolsillo izquierdo el retrato de Matilde. Entonces, suspira y cuenta las horas para el reencuentro...

Sonrió pensativo y sus labios quebrados le dolieron con el [86] estirón. Tanta sal en el aire lastimaba la piel y tanto azul radiante hería los pensamientos. La proa cortaba las olas y clavada en la brecha, también dolía, inesperadamente, aquella tarima disoluta donde bailaba Margot sus madrugadas. Sí, entre los brazos ardientes de todos los hombres de la flota, las virtudes de Margot se estrellaban. Y a cada golpe de la ola en la quilla, la espuma renacía. Y en cada ronda al estrado, Margot se perdía, se perdía...

Y uno, que indefenso, navega hacia Matilde irremediabilmente.

El sol rodaba en su órbita y Xenia se disolvía en la playa. Un sólo amanecer no basta para volverse indeleble. Y Xenia no usaba colores ni aromas ni encanto. En fin, Xenia no le interesaba y el sol seguía girando. Hoy, nada distinto iba a suceder. Pero mañana, el sol guardaría un minuto de quietud cuando entregase a Matilde su beso de amor. Lo ensayó para ella en un montón de bocas pasajeras. Y bueno, todo aquello tendría su razón en el caso de que Matilde continuara esperando.

Y si ahora, el sol circula indiferente, es porque uno está cansado de todas las mujeres menos de la suya. Pero aún así, un vigía no abandona. No las abandona. A no ser que el barco parta de improviso y uno marche sin despedirse. A veces ocurre. No siempre, aunque puede que ocurra. Entonces, uno se aleja de la chica sin decir adiós y sobrevive el rencor. Algo efímero, por cierto, ya que sólo habrá de durar el tiempo que gaste la pobre en consolarse. Y luego, otra vez el mar la llenará de gracia y la jubilosa Beatriz volverá a escuchar promesas en diversos idiomas. Y [87] uno, que al borde ya de sus fuerzas va traspasando el último día, se tiene que resignar porque sabe que únicamente en el momento justo se cumplirá el cambio de guardia. De manera que hay que seguir en pie. ¡Firme, hasta el relevo! Mientras, los recuerdos se sacuden, y la espuma sucia salpica irreverente el casco de la nave o el aura de Matilde.

Y Rosana que, inmaculada, de gozo se estremecía bajo luminosas pompas de jabón y sales aromáticas. Esto, porque ella pudo llegar a ser algo más que una triste burbuja marina. Aunque sin mayor importancia. De cualquier modo, ya Rosana lo perdió. Sobre ella también se proyectaban sombras. El sol se escondió. ¡Se estaba desatando un vendaval!

Y uno que sin perder el tiempo enfoca su catalejo hacia la derecha, desplaza su voz a los vientos y lanza el grito: ¡tormenta a estribor!

Había medido la distancia y paso aviso. Al instante cambiaron el rumbo. El viraje los atrasaría en varias horas. ¿Podría Matilde soportar un trecho más o acaso ya no esperaba? Esa era una cuestión que solamente mañana sería develada. Tenía que conformarse y vigilar las nubes con sumo cuidado.

En casos como éste, un buen marinero olvida a las mujeres, incluso a la dueña de sus incertidumbres. Y uno, que no puede menos de actuar como tal, abre bien los ojos y piensa en la tormenta.

Mediante su eficacia, la tempestad consiguió ser soslayada y quedó atrás. Los cálculos respondieron y el sol esquivo de la [88] media tarde, desganado, aceptó volver apenas un rato antes de su naufragio cotidiano.

Y uno, que inmerso en este ocaso inevitable no aguanta con su duda, extrae del bolsillo las fuerzas de su convencimiento. Sí, ahora puede estar tranquilo. Matilde aguarda en la palma de su mano. Inmóvil en su tiempo. Con el vestido blanco y las sandalias de raso. Y tules en la cabeza. Y el corazón intacto bajo el encaje y la seda. Y el ramillete de azahares. Y la sonrisa de doncella.

Guardó la fotografía de Matilde. El cielo brillaba prometedor. Mañana iba a salir un sol radiante para su linda Matilde. ¡Por fin estaba seguro!

Y uno, que después de seis meses ve acercarse la hora de volver a su tierra, abandona la función porque llegó el relevo. Desciende satisfecho. Se dirige a su camarote y con el perfil de Matilde prisionero de sus sueños, se duerme plácidamente hasta el otro día... [89]

La historia no tuvo final

Abrí sobre la cama mi maleta y empecé a desempacar. Eché un vistazo a mi alrededor en busca de alguna percha para el traje gris. Rascaba con la uña una mota de polvo en la solapa, cuando retumbaron en mis oídos los acordes del bandoneón. Parecía como si el que lo ejecutaba se hubiese instalado junto a mí. Tocaba un tango de la guardia vieja, plañidero, triste. En cada arpegio lloraba sus penas y no me permitía la menor concentración. ¡El estruendo era insoportable! Me aparté del equipaje y corrí a cerrar la ventana. Lo único que conseguí fue ponerme a sudar copiosamente. En cuanto a disminuir el ruido, ¡ni en lo más mínimo! Al borde ya de un ataque de nervios, salí al patio central del inquilinato y me puse a caminar en medio de macetas floridas, sillones de mimbre, culantrillos y escupideras. Las baldosas ajedrezadas se sucedían con simétrica minuciosidad hasta que definitivamente lograron sacarme de mis casillas. Pero no olvidé el propósito que me llevó al patio. Yo quería saber quién interpretaba «La Cumparsita» así, ¡de manera magistral! Desde luego, no para felicitarlo, sino para rogarle que se fuese con la música a otra parte, ¡por favor! Sin embargo, noté que afuera el silencio era perfecto. Ni siquiera había gente a quien preguntar. ¡Menos mal que ya se acabó el concierto!, exclamé y apaciguado, volví a la pieza. Cerré la puerta y regresó el sonido, intrigante, furtivo... Entonces, se me antojó que la cosa [90] se estaba poniendo rara y a fin de comprobarlo, abandoné de nuevo mi habitación. ¡El tango

se desvaneció como por encanto! Más sorprendido que temeroso, admití que la música se oía sólo adentro. ¿Qué significaba aquel desatino? Mi cuarto era una minúscula construcción de tres por tres. Resultaba imposible la existencia de algún rincón oculto a la vista. Evidentemente, alguien intentaba acobardarme. ¿Con qué intención lo hacía? Anonadado, comencé a dudar... ¿Terminaba de colocar mis bártulos o empacaba otra vez y me despedía de Buenos Aires sin aceptar el reto? El dilema se debatía con música de fondo. Pero eso no era lo peor. Lo peor era tener la certeza de que el bandoneón sonaba a mi lado. Justo allí. ¡Y no había nadie conmigo! Perplejo, marché en busca de urgente explicación. A nadie encontré en el patio interior del conventillo que, un poco más allá, se abría al sol y a los lavaderos. Una mujer desgreñada y corpulenta fregaba en la tabla. Sorteando camisas y sábanas tendidas al aire libre, me aproximé a la señora. No es que ella me diera confianza. Al contrario, la noté huidiza, antipática. Igual me acerqué. Le hablé. ¿Qué me importaba su hostilidad si no tenía a mi alcance otro ser viviente? Sobre la marcha, ella me endilgó su ignorancia al respecto del bandoneón. Agitó su índice regordete negando cualquier cosa. Después agregó que así como yo, también era recién venida al conventillo. Que no sabía nada de nada. Que me alejase rápido porque su marido era el hombre más celoso del mundo. Me juró que si la encontraba charlando conmigo, sería capaz de armar un escándalo descomunal. Retrocedí al minuto. No quería verme en problemas por semejante adefesio con polleras. Iba tomando distancia a toda velocidad, cuando escuché el rechinar de la puerta de calle. Alerta, esperé a que alguien entrara. ¡Esta es la mía!, ahora mismo lo apabullo a preguntas, murmuré y me detuve para interrogar al huésped que volvía a [91] casa. Sin embargo, fueron muchos de una vez los que llegaron: la pandilla de niños escolares pasó por mi lado como un rayo. Cada cual se metió en una pieza distinta antes que yo abriese la boca. Volví a mi cuarto. «La Cumparsita» persistía en el bandoneón. Sin darme cuenta, la acompañé con dos pasos cortos y un firulete. Seguí desempacando. Había decidido quedarme. Total, a mí los tangos siempre me cayeron en gracia. Convivir con uno de ellos no sería desagradable. Todo es cuestión de costumbre, reflexioné. Además, esa vivienda era sin duda la mejor de la zona. Barata y bastante acogedora. Y lo bueno del caso: estaba a pocas cuadras del puerto. Aquello resultaba ser una gran ventaja para mi nuevo empleo de estibador. Aparte, tenía sus encantos, como por ejemplo, las rejas de mi ventana donde trepaba un jazminero. Al fin y al cabo, si los hoteles de primera clase ponían música funcional en sus aposentos de lujo, ¿acaso no se la podía aceptar como si eso fuese a esta misteriosa serenata? Por otro lado, mi sueldo ahora insignificante, no daba lugar a sutilezas. Bueno, después de todo, algún descanso habría. Un intervalo o algo así, supuse, mientras iba guardando mi ropa en los cajones de una desvencijada cómoda. Por cierto, incómoda, pues era alta, estrecha y más bien se parecía a la archivadora de la oficina donde yo trabajaba en Asunción. Sí, el año pasado, cuando la quiebra de mi empresa aún no me había hecho viajar a este país en procura de alguna mejoría. ¡Qué tiempos difíciles me tocaron vivir! Espero recuperarme lo antes posible. Suspiré y en medio de los compases abrumadores del tango, pude oír un golpe seco y exigente en mi puerta. Tiré sobre la cama mis pantalones de faena que empezaba a doblarlos y acudí a atender el llamado. En el umbral esperaba una señora de porte vulgar. Ella se presentó como la casera. Dijo que venía a cobrar la mensualidad adelantada. Que era norma de la casa y otras [92] advertencias por el estilo. Pagué y luego me propuse averiguar sobre el músico fantasma. La casera dijo que aquello era simplemente increíble. Que nadie se había quejado hasta el día de hoy. Que en esa pieza vivió antes que yo una modista. Y antes que la modista una señorita solitaria con dos canarios amarillos. Y anteriormente, alguien más, ¡seguro! Y que

mucho antes aún, la casa tuvo otra dueña. Era una auténtica madame francesa que alquilaba las habitaciones a damiselas coquetas, de ésas que buscan pareja en los cafetines del puerto y después... Bueno, ya se sabe... Sí, yo lo sabía, pero eso no me interesaba. Al menos por ahora, quedé pensando, en tanto que el bandoneón continuaba con su lamento. Entonces, desahuciado, salí a la calle. Perseguía una pausa desesperadamente. Anduve hasta la esquina. El aire fresco que se levantaba del «Río de la Plata» me alivió de inmediato y bajé por la rampa que conducía al muelle. Deseaba observar el sitio donde a partir de mañana cargaría sobre mis hombros todo el peso de mi nueva vida. Manoseando en un bolsillo mis últimos billetes, caminaba hacia los barcos... De improviso, un letrero rimbombante echó a perder mis intenciones. Con sus luces de neón pestañeaba y me ofrecía una voluminosa botella de cerveza. Se me hizo agua la boca. Entré al bar. Estaba bebiendo mi primer trago cuando apareció la pelirroja de cara pintadísima y el vestidito negro muy ceñido al cuerpo. Descorrió una silla y se sentó a mi mesa. La convidé y hablamos algunas pavadas. Era simpática, alegre, además de cariñosa. Resolví invitarla a dormir conmigo. Ella quiso saber donde vivía y yo me tomé el cuidado de indicarle: la casa grande subiendo la cuesta, a la derecha, en el callejón, le dije. ¿El viejo conventillo? Sí, sí, la casa de inquilinato. Esa misma, sí. Ella preguntaba: yo aceptaba. Y tras cada afirmación mía, sus ojos se iban desorbitando temerosos. Y enmudeció. Y se puso a negar con la cabeza. Y le [93] temblaban los labios. Yo me confundía cada vez un poco más. No lograba entender... De pronto, ella consiguió recuperarse. ¡No y no!, había exclamado con espanto cuando al fin pudo volver a hablar. ¡Allí no dormiré jamás!, me aseguró con la voz trémula y al punto se despachó la historia: Cuentan que en esa casa sucedió un hecho cruel, espantoso. Estrangulada en su propia cama murió una pobre infeliz. Nadie supo quién la mató, aunque sospecharon de algún amante de turno. Ella se ganaba el pan vendiendo sus caricias. Pero eso no era todo. El auténtico drama venía con el dolor del músico que la amó en silencio y que sin embargo, nunca la tuvo en sus brazos. Éste, al conocer la noticia, se encerró para siempre en el cuarto que había pertenecido a la desafortunada muchacha. Sin tregua se dio a ejecutar en el bandoneón un tango que lloraba sus penas. Al cabo de su relato, la pelirroja me aseguró que solamente con la muerte del músico esa historia tuvo final. De inmediato supe. Supe y callé. Callé que la historia no tuvo final. [95]

### La petición de mano

Con el plumero, Catalina se puso a sacudir los muebles del comedor principal. Esa noche los padres de Javier estaban invitados a cenar. Vendrían a pedir la mano de Victoria. ¡Todo un suceso! Victoria era la hija mayor y por lo tanto, la primera que se casaría. Las otras cinco, lo irían haciendo a su debido turno. Ya todas esperaban con el novio pronto, pero justo Victoria, la primogénita, se había demorado en conseguir pretendiente y para colmo, ninguna se podía casar antes que Victoria. Desde luego, ¡por el sólo capricho de la testaruda Catalina! En realidad, Victoria era la menos agraciada entre las seis mujeres que nacieron de la unión matrimonial de Catalina y Pedro. En cambio, por esas cosas del destino, Javier lucía rasgos tan bellos que hasta causaban sorpresa. Sí, Victoria y Javier formaban una linda pareja sin lugar a dudas y a pesar de todo. Por supuesto, a los padres, este noviazgo les ocasionaba gran esfuerzo económico, aunque a plenitud los gratificaba el hecho de casar a Victoria. Por eso, Catalina volcaba en los preámbulos de aquella cena, su



especial cuidado. La casa tenía que refulgir desde el zaguán hasta el último rincón de la sala. La mesa desbordaría en exquisitos manjares. Había que ponerse a tono con la ilustre familia de Javier. Por su lado, ellos estaban en la bancarrota, mas nadie lo sabía. Ni siquiera las hijas. Los restos de la pasada opulencia todavía daban su buen brillo... Ella no iba a permitir que se opacaran [96] hasta que los seis retoños tuviesen marido. Catalina abandonó el plumero y sacó del aparador el mantel de tisú bordado, el de los grandes acontecimientos. Lo extendió sobre la mesa para que fuese tomando forma. Retiró a su vez la vajilla antigua, herencia de la bisabuela Isabel. Y los candelabros romanos. Y la cristalería francesa. En la cocina, Ramona trufaba el pavo; y dale que dale, cascaba las nueces, pelaba las manzanas, seleccionaba los champiñones. Y también, saltaba las almendras para la salsa. En fin, iba y venía en procura del plato más elegante de su rústica existencia. Y ella, en el comedor, seguía con lo suyo: acomodó el servicio de copas sobre el mantel primoroso y pasó a elegir los vinos y el champán para el brindis del compromiso. Esa noche fijarían la fecha de los esponsales. Y organizarían la ceremonia religiosa. Y el banquete de bodas. Apartó las botellas y las dejó encima del bargueño. Tomó distancia. Dio tres o cuatro pasos en retroceso y se detuvo a mirar el efecto que causaban sus puntillosos arreglos en el comedor. Faltaba el centro de mesa de flores naturales y todo estaría listo para recibir a tan importantes visitas. Rosas blancas, decidió. ¡Claro!, como la pureza de la novia. Victoria contaba más de veinte años y Javier era el primer y único hombre de su vida. Catalina respiró orgullosa. ¡Finalmente una de sus hijas llegaría al altar! Lo haría del brazo de Pedro, vestida de encaje blanquísimo. Y tules. Y azahares en el pelo y en las manos. Debería hablar ya mismo con la modista. Coser el traje de Victoria demandaría mucho tiempo. Iba a ser el más hermoso, el más elegante. Tenía que solicitar la iglesia. Encargar las tarjetas de invitación. Completar el ajuar... Con esto de repasar los preparativos echó de menos un nietecito. ¡Pronto lo tendría! Prefería que fuese varón, ella se había conformado con seis nenas al hilo, sin variantes. Pero se desquitaría con los nietos. Sí, seguro que Victoria le daría un niño parecido a su [97] padre: rubio y esbelto como él. En eso, interrumpiendo los felices pensamientos de Catalina, se hizo presente la propia Victoria. Catalina la miró regresando del sueño. Le dio un vuelco el corazón. El beso húmedo y la voz aflautada de su hija la trajeron a la realidad y temió que aquello no resultase. Victoria no era lo que se dice un dechado de perfecciones. Cuando chiquita, había padecido fiebres rebeldes, incontrolables... Con frecuencia, la temperatura le subía arriba de los cuarenta grados. Cierta vez, hizo una convulsión tremenda y resultó con algunas lesiones. Más bien leves, aunque secuelas quedaron. Victoria solía mostrarse absurda, infantil... Su inteligencia no había progresado lo suficiente. Sin embargo, Javier ni cuenta se daba. Está enamorado de ella, se consoló a sí misma Catalina. No hay nada que temer. Todo va a salir conforme a lo previsto y mis otras hijas podrán casarse sin impedimentos, reflexionaba la madre, mientras procuraba aplastar los rizos despeinados de su hija mayor. Victoria acababa de levantarse de la cama y tenía los cabellos alborotados y una mueca de mal humor en la cara abotagada. No me quiero casar mamá, le dijo de sopetón. ¡No me voy a casar!, gritó. Catalina la tomó de la mano, suavemente, y la llevó hasta el sofá. Juntas se sentaron. La madre la acarició, la tranquilizó con palmaditas tiernas. Le susurró al oído promesas... Conocía a su hija y sabía cómo calmarla. En un santiamén, Victoria estaba hecha una seda. Sonrió y luego marchó en busca de la peluquera. Tenía que ponerse bonita para Javier. Catalina continuó decorando el escenario donde esa noche brindarían por la felicidad de los futuros contrayentes. Dobló cada una de las servilletas a modo de flor, frotó con la gamuza el puño de oro de la trincheta para rebanar el pavo, rascó una cerilla y

encendió los pebeteros: el sándalo quemado perfumó la estancia. Catalina tomó el plumero, cerró la puerta del comedor y se [98] retiró satisfecha de sus gestiones. Ahora se iba a controlar las viandas en la cocina. Caminaba diligente, apresurada; canturreando la marcha nupcial en voz baja, sólo para ella. Disfrutaba del éxito por adelantado. Se había jugado entera a que Victoria se casaría tarde o temprano. Contra todos los pronósticos adversos, se había mantenido incólume. Y sí, ahí tenían el resultado: la boda de Victoria estaba a punto de concretarse. Catalina guardó el plumero. Se afanaba hasta en los mínimos detalles. No quería que por algún descuido ínfimo fallasen sus planes. Y en medio del ajetreo, pasó volando el día. Llegó la noche y llegó Javier acompañado de sus padres. Catalina y Pedro los recibieron. Los sentaron a la mesa. Los agasajaron. Escucharon la petición de mano. Aceptaron. Los cuatro padres alzaron sus copas. Con abrazos y besos emocionados sellaron la unión de ambas familias. Y fijaron la fecha definitiva del enlace. Y escogieron la iglesia. Y todo. Y mucho más... Mientras, en el sofá de la sala, Victoria y Javier se miraban a los ojos. Sonreían embobados, torpes, con simple amor. ¡Tal para cual! Sí, eran iguales entre los dos. ¡Y diferentes a los demás! El mismo estigma los hacía felices. La misma alegría de nunca madurar. De verse tontos como siempre. [99]

#### El patio de los mangos

Bueno, mañana es sábado y la voy a ver a Carmela después de cuarenta años, pensé. Y graciosamente, vinieron a mi memoria pasajes de aquel tiempo. En cámara lenta desfilaron para mí los miembros singulares de la familia de Toño, mi mejor amigo. Primero apareció Gervasio, el padre. Doblado sobre su violín, cerraba los ojos y se hamacaba con frenesí al son de las notas. Su melena escasa, de ralos cabellos, flotaba desordenada sobre el vaivén del arco. Luego surgió la madre. Rosalinda tañía el arpa con calmosa indiferencia. Sus manos tranquilas y regordetas dominaban con virtuosismo las cuerdas tensas. Ella perdía la mirada en lontananza y perdía también la línea cada vez un poco más. Carmela y Antonio, los hermanos mayores, perfectamente sincronizados, cantaban a dúo. Los labios de Carmela resplandecían con el carmín y lanzaban al aire la perfecta belleza de un do sostenido. Toño usaba bigotes de barítono y lentes gordos, de tal calibre que se le desorbitaba la mirada detrás de los cristales. Y Arturito, el pequeño de la casa, a los apurones, pretendía con su guitarra seguir el ritmo sin desentonar. Para él los sonidos no resultaban cosa fácil. Pero tenía que hacer un esfuerzo y mantenerse en la onda musical. Ese era requisito indispensable si no quería dormirse temprano. Y Arturo, o tocaba algún instrumento, o iba derecho a la cama cuando empezaba la fiesta. Ellos eran de organizar peñas a diario. Tenían el ritmo en la [100] sangre y alma de bohemios. En medio de sus quehaceres y demás ajetreos, motivos encontraban cada noche para veladas bajo el mango. Y si el frío apretaba, chisporroteaban los leños en el fogón del patio y corría el vino tibiecito suavizando las gargantas. Puntualmente, las reuniones de Toño y familia me vieron llegar con el ánimo dispuesto. Carmela fue mi novia aquella vez... Romance ingenuo, desde luego, porque nada más que apretones de manos sucedieron entre nosotros. Ni siquiera se usaban besos de saludo en las mejillas. Y menos a una chica soltera. ¡Eran tiempos de respeto a las hermanas de los amigos! Y con más razón, si yo ambicionaba pertenecer al clan. Con mi flauta dulce no había tenido éxito y entonces probé con mi voz... Carmela y su gente me cautivaron ni bien puse los pies en el patio de baldosas y mangos amarillos.

Desde ese momento, mis ratos libres los dediqué a vocalizar frente al espejo. Con ansias deseaba acoplarme a la melodiosa voz de Carmela, y lo conseguí. Afortunadamente, los cinco integrantes de esa orquesta familiar me acogieron de buena gana y pude darme el gusto por una larga temporada. Yo era huérfano de padre y madre y estaba sentenciado a deambular de casa en casa incomodando a mi parentela. Tener un sitio donde apoyar mis quebrantos y mis alegrías me resultaba algo nuevo, imprevisto, así que abandoné mis proyectos de ingresar a un seminario. Mi vocación se había debilitado y a partir de entonces, diariamente, mis pasos recorrieron la avenida Carlos Antonio López. Me detenía en lo de Toño y Carmela. Frente al parque, en pleno barrio Sajonia. Fuimos felices, pero nada es eterno: llegó el adiós. Me tuve que conformar con una realidad distinta a la que había soñado desde que los conocí. A los tumbos anduve por la vida hasta caer de rodillas con mi cruz. Hoy, mi cuerpo viejo se mece al compás de la soledad. Sí, me hundo en este sillón frailer de alto respaldar. Las varillas se me incrustan [101] en la espalda huesuda. Sí, aquí estoy sentado. En vela. Velando velas de cera. Veladas de velatorio. Velones. Velos de novia... Cuando me encuentro aburrido invento trabalenguas, pero no soy bueno para eso... Como el insomnio me persigue esta noche de invocaciones, transportaré a Carmela al escenario austero que me rodea. Aquí la tengo conmigo. Enfrascado en mi fantasía, le propongo que me acompañe a entonar «Regalo de amor», esa guaranía que me estremece... ¡No! Cambio de idea. Es preferible escapar al romanticismo inmediatamente. Además, no puedo retener aquí a Carmela. No hay comodidades en este aposento oscuro. Apenas titila una vela frente al Sagrado Corazón de Jesús. Será mejor que yo me integre a ellos, al mundo de ayer... En contados minutos mi delirio se abre paso entre las telas de araña y le pido permiso a Antonio para compartir las candilejas y los arpegios del patio de los mangos. Toño me observa con sus lentes de miope y me hace un guiño cómplice. Me acepta. Desde su puesto, Carmela enciende sus labios y me sonrío llena de gracia. Suspiro en silencio para no interrumpir con mis pensamientos la concentración de don Gervasio. Con la madre no me hago problemas. A doña Rosalinda, cuando se entrega a ejecutar el arpa, ni un falsete desatinado la distrae. Y si de Arturo se trata, ¡no hay conflicto! Más trovadores participan del grupo, menos compromiso para él, ¡Qué sublime sensación me produce el cruzar las puertas abiertas de esta casa! ¡Cuánto me complace adentrarme en todos y cada uno de sus habitantes! Me subyuga conjurar el pasado... Y unirme a ellos. Unir mi canto sonoro a las voces del tiempo antiguo. Poder imaginar el patio de los mangos maduros y el olor a verano interminable... No me duele mi invierno si me pongo a reparar aquellos días. Jamás olvidaré que debo a Toño el haberlos conocido. Nuestra amistad nació en el colegio de «Cristo Rey». Fuimos compañeros en el último ciclo de la [102] secundaria. Por tres años consecutivos nos tratamos de modo casi superficial y sólo a finales del sexto curso, intimamos verdaderamente. Ya regresados, Antonio me invitó a celebrar nuestros títulos con un festejo a su más puro estilo familiar. Así llegué por primera vez a la casa y a la vida de Carmela. Y sé muy bien que allí, en medio de las corcheas, fusas y semifusas, quedó encerrada la clave de mi felicidad. Y es este el momento en que todavía no he podido liberarla. Me niego a olvidar. A comprender mi destino. Todo parecía ser armónico y pleno de satisfacciones entre nosotros, por eso se me hizo muy difícil, muy penoso renunciar definitivamente. Y bueno, tengo que reconocer que Carmela era una muchacha sincera y que por lo visto, de mí nunca se había enamorado. Mis ojos la contemplaron cubierta de azahares. Y perlas. Y tules blancos, pero de otro brazo subió al altar. Y tuve yo que torcer el paso y seguir mi camino. Dicen que don Gervasio y su mujer continuaron en el patio de los mangos, afinando el arpa y el violín, hasta que Dios se los

llevó al coro de ángeles. Y dicen también que Toño se volcó a la oratoria por sus deberes de político. A los bigotes sumó barbas espesas y hasta hoy siguen los lentes de miope desorbitando sus ojos. Y cuando le toca rendir homenaje a la Patria, entona el Himno Nacional con voz de barítono. Por otra parte, escuché que Arturito, después de tanto bregar, le había tomado mano a las cuerdas y anduvo su corta vida con la guitarra a cuestas. Murió hace muchos años. Sin embargo, me contaron que Carmela, hasta la fecha, canta el Ave María en las bodas familiares... ¡Ahhhhh, que gran bostezo! Parece que por fin me voy a dormir. Mañana es sábado y tengo que celebrar un matrimonio en mi parroquia. La novia es nieta de Carmela. Así las cosas, nos veremos en la iglesia. [103]

### La rosa fugaz

La lluvia era de gotitas finas, heladas, porque venían cayendo en las ráfagas del viento sur. Feliciano se anudó bien fuerte el pañuelo que le resguardaba los cabellos. Tal vez así, apretujada la cabeza, se iría el mareo y dejarían de girar sus pesares en los remolinos de agua y de polvo. Sospechaba que al menor descuido perdería el equilibrio. Daba pasos pequeños, cautelosos... Igual se le mojaban los pies a través de la suela gastada de sus alpargatas. El viento soplaba iracundo y todo lo removía, hasta los faldones pesados de su vestido negro. Un rato antes de emprender la caminata hacia el cementerio, la comadre Serafina le había dicho que no se pusiera de luto. Que a su angelito le colocaron ramillete de azahares entre las manos porque los inocentes iban derecho al cielo. Que debía acompañarlo de blanco para no desentonar y desde luego, para espantar el mal agüero. ¡Qué tontería! Feliciano nunca anduvo en esos cuidados. Tampoco le importaba el «qué dirán». No se echó atrás aquella vez, cuando comprendió que su hijo nacería sin padre. Jamás pensó en el aborto. No, ¡eso no! Mil veces, ¡no! Su niño tenía que vivir. Y siguió con su embarazo a la luz del sol. Sin embargo, en este momento, las sombras cubrían el pueblo. Un cansancio extraño, penetrante, le consumía las ganas de seguir luchando. La muerte de Jorgito se llevó su aliento y le dejó un vacío estremecedor, oscuro. Por eso, vestida de negro, Feliciano decidió hacer su duelo y enfrentar su dolor. [104] Ese dolor insoportable que hasta en las cosas nimias la torturaba. Así, el violín del viejo Alfredo había estado martirizándola desde que el buen hombre se hizo presente en la casa, muy temprano a la mañana. Y un minuto atrás, dos guitarreros melancólicos se agregaron al cortejo. Entendía que ése era un homenaje a Jorgito y a ella, pero le zumbaban los oídos. Si con las voces y las plegarias se aturdiría, con la música y los cánticos, ¡peor! Entonces, Feliciano tomó distancia. Traqueteaba rezagada. Chupaba pensativa un caramelo de anís. Como en una nebulosa se le descolgaban las escenas del reciente velorio. Recordaba que su hijo tuvo una despedida importante a pesar de que sólo había vivido cuarenta y ocho horas. La parentela y los vecinos trajeron golosinas, chipa, tortas de miel... Por lo visto, a falta de un marido, ellos la querían consolar. Y en efecto, Feliciano se sentía muy sola y muy triste y muy cansada. Adolorida también. Acaso su sangre no tenía acomodo. Se le retorció en el vientre recién desalojado. Se estaba moviendo mucho y eso no era bueno. Anoche, la doctora le aconsejó que fuese en auto al cementerio. Feliciano se había reído amargamente de aquellas pretensiones. De patitas por la vida ella se manejó desde siempre. Y por supuesto ahora, con los pies en el agua, chapoteaba a más y mejor en los charcos que hacía la lluvia. Ése era su destino de muchacha pobre. No le quedaba otro remedio sino aguantarse las

consecuencias. Suspiró hondo. Necesitaba un poco de aire. Las fuerzas se le achicaban... Gracias a Dios, Jorgito iba en buenas manos. Marchaba adelante, en los brazos robustos del primo Simón. El chico circulaba despacio sorteando los escollos del camino. Feliciano lo había elegido a él por responsable y tranquilo. Simón cargaba ceremonioso su preciado fardo: el cajoncito celeste con un niño dormido debajo de las flores. A su lado, Facundo llevaba la tapa y Luisa la canastilla de las contribuciones. [105] Don Hilario sostenía el paraguas encima del ataúd, de modo que el bello ángel no se mojara. Dos monedas nuevecitas le cerraban los ojos de cielo, para que ni de refilón atisbase las miserias de esta tierra. Al principio, Feliciano se había esmerado en asegurar el cristiano reposo de su angelito, pero ya no aguantaba más. Se arrancó el pañuelo de la cabeza. La presión del nudo la asfixiaba... Ni el viento sur le daba el aire suficiente para seguir andando y tuvo que reclinarsse sobre una piedra chata. Los reiterados escalofríos habían conseguido tumbarla definitivamente: las piernas se le habían puesto calientes, húmedas, torpes; los pies, ateridos, insensibles. Apenas reunió fuerzas para despojarse de las alpargatas mojadas y al punto, se le agotaron las últimas energías. Desde su improvisado lecho vio alejarse el cortejo. Nadie se volvió a mirarla. Ni notaron que ella se apartó del grupo. La llovizna arreciaba y todos trataban de protegerse de alguna manera. Simón cambió el ritmo lento de sus pasos y casi empezó a trotar. Pronto saldrían a la ruta. De allí al cementerio, cuatro cuadras largas se contaban. Con este mal tiempo no habrá un alma en las calles, pensó Luisa tanteando la canastilla medio vacía, y se demora para comentarlo con Feliciano. La buscó entre la gente que avanzaba. Fue la primera en descubrir que la madre del angelito había desaparecido y preocupada, se puso a preguntar por ella a los demás. Ninguno lo sabía. Sencillamente, Feliciano no estaba. El acompañamiento se interrumpió y comenzaron las deliberaciones. Que Feliciano se había portado raro el día entero. Que el parto reciente. Que su palidez. Que el agua era cosa mala para su cuarentena. Que la ropa negra en velorio de angelito traía desgracia... Que... ¡esto y aquello! Mientras tanto, la lluvia se volvía más espesa y los deudos de Jorgito se empapaban de arriba abajo. En eso, un olor como de rosas, un intenso perfume de rosas se hizo presente [106] y todos recordaron con asombro que Jorgito no tenía una sola rosa entre sus flores. ¿De dónde venía el aroma penetrante? ¿Cómo llegaba hasta ellos? Se detuvo el viento allí mismo y cesó de golpe la fragancia de la rosa. Pasmados se miraron unos a otros en busca del milagro. No encontraban explicaciones para la rosa fugaz... Aquello era muy extraño y en ausencia de Feliciano, peor aún. Se reanudaron los interrogatorios. ¿Qué le pasó a Feliciano? ¿Dónde se metió? ¿Para qué? ¿Por qué? Don Hilario se hizo de mañas y trató de justificar la ausencia. Fueron unas pocas palabras desgarradoras y convincentes. Entonces, de nuevo el cortejo fúnebre se puso en marcha. Todos habían quedado conformes con el razonamiento de don Hilario. El hombre suponía que Feliciano estaba desesperada. Que no podía soportar pena tan grande. Y bueno, así era preferible lamentarse a solas. Por eso había regresado a la casa. Para llorar a escondidas, para sufrir sin testigos, sin chismes de comadres. Pero don Hilario se equivocaba... A Feliciano jamás le preocuparon las apariencias ni nada por el estilo. A la vera del camino, pálida y fría, Feliciano descansaba por fin. Blandamente se fue deslizado de su lecho de piedra y ahora se dormía para siempre en el barro perfumado. El suelo se había nutrido con la sangre de sus entrañas y en ofrenda la tierra le entregó una rosa. [107]

## El aviso

Vos tenés que entender que no es así. Estás confundiendo las cosas. Por favor, tranquilizáte y escuchá bien lo que voy a decirte: nada tiene esa fulana que ver con nosotros. Si se atrevió a venir con el cuento, es porque vos le abriste las puertas con tu incauta publicación en el diario. Yo te voy a demostrar cómo todo lo ha inventado en su beneficio ¡Desde luego que tengo razón, Gonzalo! ¿Acaso porque aparece alguien con una historia más o menos posible, se la tenemos que aceptar? ¡Y claro!, ella te vio esa cara desorientada que andás poniendo y se lanzó a probar la suerte. Es una oportunista, estoy seguro. Aprovechando tu torpeza se presentó con el guión bien aprendido. Es evidente que con todas las pistas que pusiste en el anuncio, no tuvo problemas para escribir el libreto. Sólo en una cabeza despistada como la tuya cabe revelar por medio de un aviso público la propia intimidad. Fue como pregonar en altoparlantes la incertidumbre de nuestra existencia. Pero se va a tener que resignar esa aprendiz de comediante. Yo le descubrí el juego. Me pareció tan estúpida, tan infantil su actuación, que hasta me hizo pensar en la fábula de «La zorra y las uvas». Claro, ella es una zorra y nosotros las uvas maduras. Y bien maduritos que estamos para jugar a los tontos. ¡No señor! No podrá exprimarnos aunque se imagine muy lista. Dejálo todo en mis manos. Ésta es mi especialidad. Con un lindo discurso de despedida la voy a [108] poner en la calle hoy mismo. Se nota que ella pretende beneficiarse con la situación medio complicada que estamos atravesando. Intenta sacarnos el jugo. ¡Ja! Por lo visto no sabe lo secos que andamos. Ya nos secaron las otras... ¡Esto es el colmo! ¿A quién si no a vos se le ocurre publicar ese aviso como carnada? Mirá lo que picaste, y para peor, te estás tragando tu propio anzuelo. ¿Y, no? ¡No me lo discutas! Vos tampoco negociaste limpio. De entrada te adiviné la intención, Gonzalo. Aunque admito que tenías que sentirte realmente desesperado para tejer ese gran disparate. Está bien que te angusties porque yo me estoy por casar y casi no te hago caso. Comprendo que no te resulte agradable mi felicidad. Bueno, te entiendo a medias... No sé... Seguramente, como vos decís, hace falta ponerse en tu pellejo para percibir tu estado de ánimo. Pero hermano, ¡qué tanto! Una parálisis temporal es eso: por un tiempo. No es para toda la vida. Cuando yo me case, serás mi padrino. Y vas a estar de pie, a mi lado, tranquilamente. Prometo postergar la boda el tiempo que sea necesario. Compañero, no quiero que te amilanes como una damisela. Nosotros somos dos hombres de sangre ardiente. Los hermanos Funes Galindo, tenorios del barrio «Ciudad Nueva». ¿Te acordás de nuestras parrandas? ¿De las serenatas con vino tinto y guitarras a medianoche en el bar de «Panuncio»? ¿Lo recordás a papá, nuestro compinche en las madrugadas de crudo invierno? Gonzalo, al viejo no lo podemos defraudar, aunque se nos haya muerto de pulmonía doble y con los bolsillos vacíos. ¿Y qué me decís de aquellos años que vivimos tirando la guita? ¿Quién nos pidió explicaciones? ¡Nadie! Escucháme y no te quejes sin razón, mi amigo. Date cuenta de que todo ser viviente tiene su hora. ¡Ésta es la mía! ¿Quién te dice que la tuya no habrá de llegar de un momento a otro? ¿Por qué te urge acabar con esa oportuna soledad, que si bien no la buscaste, [109] por lo menos te resulta útil para descansar un poco y recobrar nuevos bríos? Muy pronto te vas a reponer y otra vez empezarás a correr la libre. Con suerte, cazarás una tierna conejita y no la zorra vieja que te estás por echar encima. No me gusta nada tu abatimiento. ¡No es digno de los hijos de nuestro padre! ¿Desde cuándo Gonzalo? ¿Desde cuándo te volviste debilucho y marica? Después de tu accidente, vos fuiste el primero que me consoló cuando yo perdí el valor viéndote en una silla de ruedas. Ya pasará, me dijiste con la sonrisa en los labios. Y comenzó la espera... Pero te aburraste Gonzalo. ¿Cuánto tiempo hace de aquello? Papá aún

vivía. ¿Cuánto hace que murió papá? Una eternidad, parece, aunque no es mucho. ¡Apenas unos meses de porquería! Lo que pasa es que nos quedamos muy solos, sin el viejo y sin la plata. Por eso decidí casarme con Margarita. Vos tendrías que hacer lo mismo que yo: conseguirte una novia. Podrías empezar a buscarla con paciencia. Paciencia compañero, ésa es la receta. No te descompongas en el tramo final. No claudiques con esa tipa que es puro farsa. Claro, ¡es cierto!, no discuto tus razonamientos. Ya no somos los de antes. Sin dinero nada es sencillo. Medio carcamales y de a pie, la cosa se pone difícil. Pero está la pinta, Gonzalo. Algo desgastada en realidad... Aunque no hemos perdido la clase. ¡Eso sí que no! Y bueno socio, ya vas a ver como casi sin darte cuenta estarás listo para salir al encuentro de la conejita cariñosa. ¿No te seduce el plan? ¡Pero Gonzalo!, te aseguro que no son rebusques para levantarte la moral. Hablé con tu médico y me aseguró que de un momento a otro te vas a poner bien. Que con buena voluntad y empeño, ya mismo podrías intentar algunos pasos. Lo que ocurre es que te aplastó lo de mi casamiento. Sin embargo, ahora, con el pronóstico del doctor Merele, tendrías que estar tocando las nubes. ¡No!, no es broma. Me lo dijo el doctor. Sí, te juro. Ayer por la tarde lo [110] llamé. ¡Ni bien me enteré de tu hazaña! Y no era para menos, ¡con el susto que me diste! Solamente vos sos capaz de enredarte así. ¡Qué chifladura! ¿Por qué no me consultaste? Publicar ese aviso fue echarte sin defensa en brazos de cualquiera. Eso te pasa por estar todo el día encerrado, ideando pavadas. ¿Por qué no salís al jardín y hablás con la gente del barrio? Incluso hasta la vereda podés llegar sin dificultad. ¡Ni un sólo escalón hay en esta casa! ¡No me niegues que eso es tener suerte! ¿Viste que te compré también a vos una camisa floreada?, igual a las que voy a llevar en mi viaje de luna de miel. Estrenála hoy mismo al atardecer. Elegante y perfumado, tomando el fresco en la vereda, apuesto que hasta podrías encontrarte con tu futura mujercita. Un piropo ingenioso, una sonrisa prometedora y luego, dos o tres frases románticas, de aquellas que las hacen derretir... ¿Qué te parece? ¡Fuerza Gonzalo, tenés que volver a las andadas! Pero ahora con fines serios. Insisto en que vos también deberías casarte. Y por favor, escapá de la zorra. Todo lo que te dijo es mentira. ¡Hay que ser caradura para representar esa comedia! Y vos haciendo el tonto. Eso ocurrió porque quisiste obrar solo. Si me hubieses consultado sobre ese aviso hoy sería otra tu situación. Nada de malentendidos que te pongan en aprietos. No, no hace falta que te defiendas, Gonzalo. Yo sé lo que te pasa. Hace rato que andás calladito; rumiando en silencio las consecuencias de tu accidente. Abrumado por las penas, te encerraste en tu cuarto. Eso te robó picardía. La calle es el mejor libro donde estudiar a la vida. Aunque vos me tenías a mí, Gonzalo, tan cerca y no me participaste tus descabellados proyectos. ¡Estoy molesto contigo! Pero igual quiero ayudarte. Voy a desenmascarar a esa mujerzuela para que de una vez por todas puedas salir de dudas y consigas calmarte. ¿Por qué opinás que será imposible? No me interrumpas con tu pesimismo Gonzalo. [111] Escucháme, por favor. Bueno hermano, desahogáte conmigo. Está bien. Tenés razón. ¿Quién no quiere saber cosas de su madre?, y más aún si casi nunca se le habló de ella. Lo reconozco. Yo también hubiese preferido reconstruir nuestro pasado. Aunque ya es tarde. ¡Claro que tuve curiosidad al respecto! Pero a estas alturas ya no creo que sea importante para nosotros. Eso lo vas a comprender en breves minutos; ni bien yo te enseñe el documento que encontré... Sin embargo, antes quiero que seas sincero. Confesá que cuando publicaste el aviso lo único que deseabas era despertar la ternura de una buena mujer para menguar tu orfandad. Dale compañero, a mí me lo podés confesar. ¡Lo que menos te importaba era resolver nuestro pasado! No te ofendas Gonzalo, que te conozco. Yo no me engaño. Sucede que te salieron mal los cálculos y tropezaste con esa mala tipa. No te preocupes, te voy a sacar del apuro. A esa

comediante la vamos a poner en su lugar. Yo descubrí el secreto: ¡mamá descansa en paz! Lo que pasa es que nos lo ocultaron todo sobre su muerte. ¡Claro!, nos hicieron creer que desapareció por arte de magia, más o menos. Entiendo que para librarnos de los prejuicios que existían en esa época con relación a la tuberculosis y de paso, para borrar el estigma que llevaríamos a costas por haber nacido gemelos prematuros de madre tísica. Y fue a causa de su enfermedad que nunca nadie nos habló de mamá. Y crecimos hijos de madre desconocida. Gonzalo, tengo pruebas de lo que digo. Anoche, revolviendo entre los papeles de papá, hallé un certificado de defunción que expresa con letra clara: -Beatriz Galindo de Funes - Causa de muerte: Tuberculosis Pulmonar - Asunción, 21 de marzo de 1938 - Falleció al poco tiempo de habernos parido, ¿te das cuenta hermano? Después de esto, jamás permitiremos que esa zorra venga a nuestra propia casa y se ponga a llorar su desgracia. ¡Si hasta se echó años encima! Y aumentarse la [112] edad en una mujer es cosa seria. Se nota que esa fulana, mediante tu torpeza al reclamar una madre extraviada, vio la forma de solucionar su problemática de la vivienda y otros asuntos. Entonces, con el aviso del diario enarbolado, ella se presentó y dijo para iniciar el cuento: yo soy Beatriz Galindo de Funes. [113]

### Angélica y Raimundo

Desde el principio su destino fue de trágicas consecuencias. Cuando niña, una gitana le había leído en la mano su signo de exterminios. A continuación, Angélica esperó pacientemente el devenir de los acontecimientos. Enroscada como un caracol, se adentró en las profundidades de sí misma. Sin amigos cumplió su papel y se fabricó para ella sola un mundo desquiciado. Allí, las babas de su desatino contrastaban con la perversidad de su ánimo y se envolvió en el circuito fatal a fuerza de malas intenciones. Librada a los infortunios del presagio, hizo y deshizo los pasos de su esquema: criarse en la casa paterna. Crecer entre los cardos y eliminar las espinas. Resolver los enigmas y cruzar las palabras. Quebrantar el autismo sólo en casos extremos. Y desde luego, el punto principal: dibujar asteriscos en la lista de los sacrificios. Y gracias a Renata y a su prolífica función, acertadamente, fueron calzando en el rompecabezas todas las piezas de la profecía. Excepto una. Faltaba Raimundo. Se le resistía... Pasaba días enteros sin pisar la casa. De todos modos, ése era su techo y volvería. Ella no se amilanaba. Sabía que Raimundo descubrió su juego y ahora intentaba eludirla. Pero ya la estrella había sido trazada junto a su nombre. Raimundo no tenía escapatoria. Él también caería... Aunque rezagado, caería... Entonces, Angélica se puso a tejer su bufanda en la mecedora de la buhardilla; como cuando Renata le ayudaba a desliar el estambre y a [114] recoger ovillos de colores en el canasto. Y cambió los hilos de la trama y el contaje de los puntos dio una cifra distinta. Se levantó confiada del sillón. En este nuevo laberinto, Raimundo se perdería irremediablemente. Sin temor a errores de cálculo, Angélica podía asegurar que él sería la próxima víctima, la definitiva. Ante la venia impasible de Renata, los anteriores sucumbieron sin presentar resistencia. Algunos fueron conquistados por el estómago, con pastelillos suculentos y traicioneros. Otros, con artimañas de gata en celo. Pero casi todos parecían debiluchos o tontos. En cambio, Raimundo lucía la estampa de un duque persa y el gesto altivo de su raza. Angélica lo fue dejando para después sin saber por qué. Y se amontonaron los crucigramas resueltos en el desván. Y desbordó la cesta el pilón de ovillos coloridos. Y Raimundo creció sano y



salvo entre los cardos no tan santos y los ratones domésticos. Y fue feliz, a lo largo de los techos interminables del caserón familiar. Raimundo era el único sobreviviente de los tantos hijos que parió Renata. Renata murió de muerte natural siete años atrás. Angélica tuvo en cuenta aquel detalle y llegó a la conclusión de que estaba ante un caso extremo. ¡Había pasado demasiado tiempo! Por eso abandonó el mutismo y decidió que a Raimundo tenía que ganarle la partida de otra manera. Por supuesto, antes que se malograsen los propósitos a la entrada del laberinto. Con vocecita melosa, lo llamó. Raimundo salió de entre las sombras de la biblioteca. Su pelo muy blanco le daba un aire fantasmal, antiguo... Avanzó desganado. En sus ojos de oro viejo se leía el cansancio. Ya no era el mismo que corría entusiasmado hacia ella o ensayaba conciertos escandalosos en la azotea. Ya vivió lo suficiente. Angélica sintió miedo de torcer su destino, de que la profecía, al fin, nunca se completase: Raimundo podía morir en cualquier momento y fuera de su alcance. Los años no pasaban de largo... [115] Angélica se estudió los dedos de nudillos sólidos, anchos. Apretó los puños y los abrió enérgicamente. Sus manos estaban en forma todavía... Sí, ella se encontraba lista para todo... Hasta para el chapuzón. Desde el cuarto de baño llegaba el canto de las gotas. La tina se llenaba de agua. A Raimundo no le gustaba el agua pero sí la leche tibia. Angélica le ofreció el tazón y le dio la espalda. El aroma irresistible a vainilla azucarada hizo que Raimundo la siguiera a pesar de sus dudas... Y subieron las escaleras. Y cruzaron los aposentos. Y caminaron uno tras otro por los pasillos sombríos. Y realizaron miles de vueltas. Y al cabo de tantos giros, llegaron hasta la bañera. Angélica derramó la leche en el agua. Mareado y hambriento, Raimundo se echó detrás. Los dedos nudosos hicieron el resto. No se escuchó ni un miau. [117]

### Las tres Marías

Ellas eran tres. Mis tres personajes cautivos de este cuento. Había muchas más por las calles del Señor... Pero a mí solamente me inspiraban estas féminas de ojos redondos y exaltados, siluetas rollizas, boquitas pequeñas y mejillas encendidas cual pétalos de rosa. Desnudas y agitadas se movilizaban entre mis apuntes como si yo las hubiese recortado de alguna reproducción barroca. Las tres parecían totalmente iguales. Nunca encontré la forma de diferenciarlas. Quizás eran hermanas o parientas entre sí o sólo amigas y el hecho de que vivieran juntas las igualó con el tiempo... Iban a misa todos los días a las seis de la tarde. Pasaban por mi casa bien agarraditas de la mano, ocupando íntegramente el ancho de las veredas. Charlaban sin cesar y tenían sus voces un extraño son de viejas canciones. Yo me largaba tras ellas para escucharlas y darle sentido a sus palabras. Pero eso era imposible: las tres hablaban al unísono y no se prestaban la menor atención. Cada una obraba por su lado. Ni siquiera interrumpían el parloteo de vez en cuando. Entonces, sólo quedaba en mis oídos el desgranar de un salmo entonado a tres voces. Desde luego, era inmensa la fascinación que ejercían sobre mi pubertad despuntando entre sueños voluptuosos... Poco importaba que supiese o no lo que ellas decían; total, yo podía inventar fácilmente el drama: ¡las tres compartían un amor imposible! Por eso eran iguales; hermanadas en la desgracia o [118] en la dicha... Con el correr de la trama, ustedes llegarán a admitir que estoy en lo cierto, pero lo que nadie podría adivinar jamás es aquello de que las tres eran damas de muy antigua data. Cada mañana, al levantarse, se sacaban la costra gris de los años acumulados y se ponían el blanquísimo polvo de arroz guardado en la talquera de laca china, (la misma que

usaba mi bisabuela) decorada con capullos de cerezo. Y se cubrían todas las arrugas. Y se imprimían idénticos lunares. Y se dibujaban un rostro perfectamente igual y después, cada una se perdía dentro de la otra. Y todas olvidaban quién era quién y se entregaban, sin más remedio, a amar al mismo hombre. Vivían a una cuadra -en línea recta- de mi casa, pero en la acera de enfrente. Yo podía verlas salir desde mi balcón sin ninguna dificultad. Por eso también podía escribir este cuento mientras las esperaba. Aunque mi verdadera obsesión era imaginarlas y para ello no necesitaba tenerlas a la vista. Es más, casi deseaba que permaneciesen dentro de la casa, pues temía que otro escritor se las apropiara. Diariamente las acompañaba a misa desde muy cerca. Cuidaba de que ninguno las incluyese en su cuento y por eso tuve que ponerles un nombre especial. Yo sabía que las tres se llamaban María. Pero resultaba de lo más insípido. Para figurar en esta historia deberían llevar un nombre atractivo, diferente y de ser posible, con cierto aire divino. Ellas tenían que estar de acuerdo con la atmósfera sacrosanta que las rodeaba. Y les agregué «de las Gracias». Sí, ¡a las tres! Y pasaban a las seis menos cuarto, todas las tardes, pero nunca en domingo. Usaban el mismo traje celeste, el misal y el rosario en las manos. ¡Ahí vienen! ¡Pasan ahora! Suelto el lápiz y salgo tras ellas. Voy despacio, sigiloso y pensando: ¿vestirían a todos los santos? Las tres María de las Gracias entran a la iglesia por la sacristía. Yo me siento en el último banco y me distraigo [119] esperando como todos los días... Como hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestros pecados así como... ¡Y aparecen! Las tres por el costado del altar. Una al lado de la otra. Y avanzan con cautela, meneándose al ritmo pausado del órgano celestial. Y ponen cara de beatas y dan pasos de corista. ¿Saben ustedes que ellas vienen de engalanar imágenes sagradas? ¡Claro!, colocaron túnicas, mantos, cinturones de cordón de seda... Indudablemente, cepillaron también las alas de los ángeles y alisaron sus paños y rizaron sus bucles. ¡Qué tarea! Estarán extenuadas después de tanto trajín. Y todo porque quedaron solteras. Por amar al mismo hombre, ¡seguro! ¿Quién podría ser el galán? Si quiero un cuento importante tengo que crear un personaje de gran impacto. ¿Cómo quién? Como mi bisabuelo, ¡por supuesto! Él fue General de Infantería. En el comedor tenemos un retrato suyo de cuerpo entero. Lleva uniforme de gala, capa y espada. Yo no lo conocí. Murió en la guerra. Sí, mi bisabuelo es el hombre ideal para las tres María de las Gracias. Pero se casó con mi bisabuela y a raíz de eso ellas quedaron solteras. No sé si a mi bisabuela le hubiera gustado que se lo use al bisabuelo Timoteo como personaje de este cuento. Aunque eso ya no importa. Los dos están muy juntos en el más allá. Y en el más aquí, yo prometo cambiarle el nombre y nadie descubrirá de quién se trata. ¡Cómo se alarga esta misa! ¡El sermón no acaba nunca, hace muchísimo calor! Hasta el último banco no llega el viento de los ventiladores, y las tres pedigüeñas -indefectiblemente ubicadas atrás- se derriten de a poquito... (yo también). Sudorosas, con la bolsa de la limosna en el regazo, aguardan impacientes el momento oportuno. Por fin se lanzan las tres a los pasillos y en idéntico gesto, llenas de gracia, corretean con el monedero por delante. ¡Tan iguales como siempre! ¿Qué cosa pudo haber hecho Miguel Ángel (éste es mi bisabuelo con el nombre cambiado) [120] para diferenciarlas? ¡Nada!, él nunca intentó distinguir a una de la otra. Se deleitaba con las tres al mismo tiempo. Las desvestía sucesivamente, ¡eso sí!, y luego, ¡a la cama! Usaban un lecho bien grande, con doseles de tul y sábanas de seda de color escarlata. Y perfumes exóticos. Y tapices de Persia en el suelo. Y en las paredes una serie de pinturas exhibiendo cuerpos desnudos y generosos. Todo, ¡para enardecer al general! Era una alcoba inmensa y seductora, ¡como las de antes! Allí se divertían cada noche. De esto hace largos años. Ahora, ya las tres Marías están muy viejas y muy flácidas. Pero en aquel tiempo tuvieron que haber sido mujeres bellas, sensuales; con sus

boquitas de caramelo y el pelo destrenzado. Probablemente, ostentaron grandes senos erguidos, cintura de mariposa, nalgas sonrosadas como la piel de sus mejillas actuales. Y el bisabuelo Timoteo, mejor dicho Miguel Ángel, las habrá disfrutado a sus anchas... Seguro que del gusto hasta se puso tan flaco y contento, que a nadie pasó por alto el cariz de sus andanzas. ¡Esta santa misa se tiene que terminar de una vez por todas! Estoy inquieto, siento como un ardor... ¿En la boca del estómago? No sé... Algo me quema. Tengo ganas de orinar. Estoy hambriento. Creo que me voy a dar un buen baño antes de la cena. O más bien, antes de acostarme, así duermo tranquilo y fresquito. Las tres María de las Gracias se bañan juntas, se enjabonan unas a otras y se cubren de espuma sus indecencias. Y se matan de risa haciéndose cosquillas. Y el bisabuelo las mira embobado y... ¡Por fin se acabó el sacrificio! Entonces, salimos a la calle al mismo tiempo y giramos en la esquina. ¡Claro!, mi bisabuelo Miguel Ángel viene con nosotros. Se ha integrado a las María de las Gracias. Ya en la Iglesia se unió definitivamente a ellas. Yo me retraso y como de costumbre, voy haciendo la guardia. Pasamos -de largo- ante mi balcón y cruzamos frente a la casa de las tres Marías. Se [121] adelanta y abre los portones el gran Miguel Ángel. Díganme ustedes si no es un hallazgo el nombre que le puse al bisabuelo Timoteo. Por más general que haya sido, con su nombre de pila lo echaba todo a perder: ¡Timoteo, feo, feo! Qué vulgar, ¿no? Sin embargo, Miguel Ángel es otra cosa. ¡Ah! mañana tenemos clases de Artes Plásticas. Hay que entregar el trabajo sobre la Capilla Sixtina. Menos mal que casi lo he terminado. Bueno, continuo: Miguel Ángel está traspasando el umbral. Simultáneamente, ellas lo siguen bien agarraditas de la mano. Yo permanezco de pie frente a la escalinata. Nadie me invita a entrar. De modo que doy media vuelta, atravieso la avenida y desde la otra acera me pongo a observar las luces que se van encendiendo en el interior. Llegan a la alcoba. Aquella, la de los lienzos eróticos y el aroma de sándalo y todas esas cosas perdurables hasta hoy. Se desbordan mis ansias. De sopetón aparezco en el cuento y reviento por los cuatro lados al lado de los cuatro. Y me enloquecen las ganas de ver a Ro... ¡No, eso sí que no! Así cualquiera podrá enterarse de mis intimidades. En esta historia, la novia de mis sueños se llamará Patricia, como la única prima señorita que tengo. Con nombre cambiado, igual a los demás personajes de mi cuento. ¡Claro! ¿O piensan que hay otra salida? No señor, no quiero que nadie sospeche de quien estoy enamorado. Yo no me fío de la discreción de ustedes y, además, ella es todavía una niña tonta. Aunque supongo que alguna vez llegará a ser coqueta como mi prima. Y con un poco de suerte, cariñosa también. ¿De qué manera el bisabuelo se las habrá arreglado para seducir a las María de las Gracias? ¿Para enamorar a las tres sin perder el tiempo? A mí se me está poniendo difícil la conquista de Patricia. Me parece que estoy dando largas al asunto... Es tarde, en casa me esperan para la cena. Pero se me fue el apetito ahora que pienso en mi novia Patricia y en sus caderas angostas de [122] chiquilina sin uso. ¡Cómo me gustaría estrenarla! Acostarme sobre su cuerpo y que juntos aprendamos los vaivenes del amor. Supongo que las tres María de las Gracias caminan bamboleando el trasero a causa de dichos vaivenes. ¿Andaría mi novia de esa manera, un poco más adelante, cuando ya hubiesen pasado los hombres y los años sobre ella? Para ese tiempo, ¡yo quiero ser el único culpable! No creo que me resulte difícil darle el gusto a Patricia. Noches atrás, cuando el bisabuelo Timoteo aún no era el protagonista de este cuento y yo me las tenía que arreglar solo, logré hacerme de mañas para satisfacer a las tres Marías. Y eso que con ellas me estaba iniciando. Pero, en fin, procuré ingeniar y pienso que todas quedaron felices. Ahí fue cuando me inspiré con el nombre y decidí que valía la pena aceptar como amantes a estas tres diosas del Olimpo. Quedé ampliamente gratificado: por ahora, cuando me acuesto, aquellas escenas me visitan

con suma generosidad. ¡Qué bien lucían las Gracias! Todas empolvaditas y fragantes de la cabeza a los pies. No importaba que por debajo estuviesen muy arrugadas. No se les notaba en lo más mínimo. ¡Por eso las amé tanto! Eran muy suaves, parecían de algodón, nubes de algodón parecían... se parecían a mi almohada, las tres... bien blancas y mullidas... las tres... sííí... Y el bisabuelo Timoteo volvió de la guerra sin morirse. Tres soldados venían tras él. Uniformados los tres. El porte afeminado pero el fusil al hombro. El bisabuelo estaba demacrado, flaco, gastado... Venía de librar arduas batallas y cayó desmadejado en la perezosa del patio. Sus escoltas quedaron de pie y apoyaron sus armas en el suelo. ¡A su orden mi General!, dijeron los tres a una sola voz y permanecieron inmutables por el resto de ese día. El bisabuelo roncaba empaquetado en sus galas militares. Nadie osó tocarlo. Las botas llenas de barro se fueron descascarando al secarse y se formó un montículo de tierra a [123] su alrededor. Yo me acerqué despacio y miré a los tres soldados: dormían plácidamente apoyados en sus fusiles. Con los ojos abiertos dormían... Y eran iguales los tres. Iguales entre sí, e iguales a... ¡A las María de las Gracias! No, no eran iguales, eran ellas mismas. Ya estaban con el bisabuelo Timoteo desde entonces. Desde la guerra. Desde mucho antes que yo naciera... Y mi pobre bisabuela no se daba cuenta de nada, y las recibía en su casa disfrazadas de soldados. Pero a mí no me engañaban estas tres damiselas con apariencia de soldaditos de plomo. ¡Ni por más uniformadas y erguidas que se mantuvieran! Las María de las Gracias resultaban muy ingeniosas. Se colaban en todas partes... Hasta conmigo se metían. Tomadas de la mano ocupaban íntegramente el ancho de mi cama para después, muy apretaditas, confundirse en una sola. ¡Y hasta eran capaces de apoderarse del rostro de mi novia y de su cuerpo desnudo! ¡Eran capaces hasta de eso! Y si no fuese por... ¡Porque ya es hora de levantarme! ¡Qué sueño más real! ¡Por poco me tiran de la cama las tres desvergonzadas! Ahora mismo, antes de tomar el desayuno, voy a escribir este capítulo, no sea cosa de pasar por alto mi última aventura. Luego, una taza de rico café con leche y, ¡al colegio! Hoy tengo que entregar los dibujos de la Sixtina. Hace más de un mes que el profesor de Artes Plásticas está dale que dale con Miguel Ángel, ¡como si fuera que no hay otro a quien estudiar! ¿Algún día llegaremos a mi preferido? ¡Ya quisiera verme retozando en medio de las mujeres de Rubens, rellenitas y tentadoras. ¡Eso sería magnífico! Pero no hay nada imposible compañeros, todo se soluciona con la imaginación... Ustedes me comprenden, ¿verdad? Bueno, si salgo en este mismo momento, es seguro que en el camino me voy a cruzar con... ¡Con mi novia Patricia! Hoy la tengo que mirar con insistencia para que se entere de una buena vez de cuánto y cómo la quiero. ¡No!, [124] pensándolo mejor, es preferible que aún no lo sepa. Se va a burlar de mí y lo comentará con sus amigas. O con las María de las Gracias. ¡Eso puede ocurrir! Hace unos días las vi a las cuatro charlando animadamente. Me pareció que se estaban confiando sus secretos. Hablaban despacito y me miraban de reojo. Fue el domingo de Pascua. Iban saliendo de misa de once. Esa vez, las María de las Gracias se pusieron sombreros, entraron a la iglesia por la puerta principal y permanecieron en primera fila durante toda la ceremonia. ¿Por qué? ¿No sería que estaban tratando de conquistar al Obispo? ¡Era elegante el tal Obispo! Bueno, vestido así, cualquiera resultaba elegante. Y como si fuese poco, además de tanto ornamento, el cura tenía una voz que arrullaba... Al menos, eso es lo que oí decir a las dos santurronas que cuchicheaban hincadas a mi lado. Yo debo intentar una voz arrulladora. Eso me hace falta para acercarme a Patricia. ¿Llegaré a tener la voz ronca y precisa de un hombre hecho y derecho? En ese caso, yo le hablaría a Patricia y la arrullaría con ardor infinito... Mi voz potente y cálida la penetraría para siempre y se extendería después más allá de su piel... Cruzaría la calle y se deslizaría en todos los oídos

que quisieran escucharla: alcanzaría a las profesoras puntillosas. A las amas de casa. A las jovencitas del barrio. A las prostitutas de la otra cuadra. Y ronca ya y extenuada reposaría por fin en las tres Gracias del Olimpo. ¡Qué manera tonta de perder el tiempo! Si no me apresuro no me encuentro con Patricia, y si no la veo, me siento morir. Desfallezco inexorablemente a lo largo del día y sólo me recupero a las seis menos cuarto, cuando pasan las tres Marías al pie de mi balcón; con sus caras empolvadas, sus boquitas de muñeca, sus... Bueno, sus senos derramados sobre la cintura... Pero cuando el bisabuelo Timoteo las desposó, ellas los tenían bien tiesos, ¡igual que pomelos verdes! ¿Qué digo? El bisabuelo jamás se casó con ellas. ¿Qué [125] me pasa? ¡Ninguna de las María de las Gracias fue su esposa! Además, ustedes recuerdan que yo mismo se las presenté en mi cuento, ¿verdad? Aquello de la guerra y los tres soldados fue apenas un sueño... Y pasaban moviéndose al compás de las palmadas de todos los hombres, acodados en todos los balcones, todos los días a las seis menos cuarto, pero nunca antes. Ahí viene Patricia. Algo se me perdió entre las hojas de mi carpeta de dibujo. Estoy muy atareado en la búsqueda y tal parece que no la veo pasar... Sin embargo, el bisabuelo no pierde el tiempo y se larga tras ella. Va con los labios babosos y el uniforme verde bien almidonado. Y hasta lleva su espada, guantes y gorra. ¿Será posible? ¡Quiere conquistar a mi novia! Esto me sucede por invitarlo a mi cuento. ¡No, con Patricia no, viejito! A ella la reservo para mí. Yo te puse en esta historia para enamorar al trío de gracias. Ese es tu papel. No quieras abarcar más de lo previsto porque, si es así, morirás en la próxima guerra. ¡En la más próxima! Menos mal que me di cuenta a tiempo, de lo contrario, el bisabuelo se larga y se corta solo. Por eso hay que tener mucho cuidado al determinar el carácter del protagonista. Siempre se corre el riesgo -si no se lo define muy bien- de que se pasee por el cuento haciendo su santísima voluntad. Si quiero ser un buen escritor, eso es lo primero que debo controlar. Lo dijo la profesora de Literatura. ¡Ella es la más amargada de todas las profesoras! Pero es linda. ¡Muy linda! ¿Estará casada? Me gustaría ser su marido y consolarla. También podría ser su amante y amarla todos los días en la biblioteca. O después de la clase. O durante el recreo de los viernes (que es el más largo de la semana). O en el mejor de los casos, quizá ella sea una de «éas». ¿Cuánto podría costarme la profesora de Literatura? ¿Alguno de ustedes me puede sacar de dudas? Yo no creo que Miguel Ángel tenga que pagar para divertirse con las María de las Gracias. Ellas son [126] de lo más ardorosas. Pero son damas honestas. ¡Bien puras las tres! Lo que pasa es que están perdidamente enamoradas de mi bisabuelo. Sí, perdidamente enamoradas. Sólo por eso se entregaron... Y Patricia puede que sea muy fogosa sin que yo lo sepa. Ocurre que siempre la veo apenas. Ahora por ejemplo, metido en las páginas de mi carpeta de Artes Plásticas, acabo de perder la magnífica oportunidad de acercarme a ella. No entiendo por qué mi dibujo de la Virgen de Miguel Ángel se parece cada vez más a mi novia. ¡Pero claro, si todos saben que Patricia es virgen! ¡Yo también soy virgen! ¡Qué vergüenza! No quiero que nadie lo sepa. Por favor, no se lo comenten a mis amigos. Eso está en vías de solución: esta misma noche voy a espiar en el prostíbulo de madame Frufrú. Me dedicaré a observar atentamente y luego abordaré a mi vecina, la morocha de al lado. Se lo propondré... Total, si ensayo con ella, no creo que importe mucho. Esa chica se contenta con cualquiera. Sin embargo, ¡me gustaría lucirme! La morocha tiene sangre caliente, ¡conoce a los hombres! Además, con ese cuerpo tan grande y oscuro... ¡Dios mío!, no sé si me atreveré. ¡De una buena vez debo iniciarme con Patricia! A ella sí la voy a impresionar y nunca en la vida podrá olvidarse de mí. Esta misma noche tomaré lección teórica de tan bellas artes prácticas y mañana expondré definitivamente, ¡sea con quien sea y como sea! ¡Qué tanto! Estoy podrido de mis fantasías. Tengo que vivir la

realidad. Eso me falta y no las tres remilgadas de la época de mi bisabuela, con olor a naftalina y traseros de gelatina. ¡Este cuento se acabó! No quiero terminar «eunuco» por obra y gracia de las tres monjas.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**